

REFLEXIONES SOBRE LA MUJER
y otros escritos
de
MADAME DE LAMBERT

**MADAME DE LAMBERT
(1647-1733)**

**REFLEXIONES SOBRE LA MUJER
Y OTROS ESCRITOS**

Introducción y notas de Rosa María Rodríguez Magda

Traducción de Josep Monter Pérez

Día Internacional de los Museos

18 de Mayo de 2007

MuVIM

Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat



Año 2007

MUSEU VALENCIÀ DE LA IL·LUSTRACIÓ I DE LA MODERNITAT

Direcció Romà de la Calle	Publicacions Ricard Triviño
Subdirecció Francisco Molina	Administració Miguel Porcar Manuel Gómez Juan Sanz Consuelo Viana
Coordinador d'exposicions Carlos Pérez	
Exposicions Félix Bella Josep Cerdà María García M ^a José Hueso Josep Monter Elisa Pascual Manuel Ventimilla Eva Ferraz	Relacions Externes Amparo Sampedro
	Didàctica Victoria Ferrando M ^a José Navarro Esmeralda Hernando
Centre d'Estudis i Investigació Vicent Flor Ana Martínez	Servicis Mercedes Aguilar M ^a Luisa Aparicio M ^a Dolores Ballestar Dolores Carbonell Carmen Clement José Amadeo Díaz Emilia Gómez Francisca Tasquer Daniel Rubio
Biblioteca Anna Reig Benedicta Chilet Sergio Vilata	

Col·lecció Biblioteca: 5

MADAME DE LAMBERT (1647-1733) REFLEXIONES SOBRE LA MUJER Y OTROS ESCRITOS

© de la present edició MuVIM

© de la Introducció: Rosa M^a Rodríguez Magda

© de la Traducció: Josep Monter Pérez

Coordinació de l'edició: Ricard Triviño

Assessoria bibliogràfica: Benedicta Chilet

Imatges: reproducció parcial de làmines de la *Encyclopédie* (Planches, vol. II, Chez Briasson, París 1763)

ISBN: 978-84-7795-461-3

Dipòsit Legal: V-1998-2007

Arts Gràfiques J. Aguilar, S.L. - Benicadell, 16 - Tel. 963 494 430

ÍNDICE

PROEMIO, Romà de la Calle	9
-------------------------------------	---

INTRODUCCIÓN, Rosa M ^a Rodríguez Magda. Madame de Lambert: la exigencia del sentimiento	19
---	----

TEXTOS DE MADAME DE LAMBERT

1. Nuevas reflexiones sobre las mujeres, por una dama de la Corte	47
2. Reflexiones sobre el gusto	73
3. Discurso sobre la delicadeza de espíritu y de sentimiento . .	79
4. Carta III de la Marquesa de Lambert a la Superiora de la Madeleine de Tresnel sobre la educación de una joven señorita	83
5. Discurso sobre la opinión de una dama, que creía que el amor era conveniente a las mujeres, aunque no fueran ya jóvenes	91
6. [Otras] reflexiones sobre las mujeres	101

PROEMIO A LA PRESENTE EDICIÓN

“Le bon goût c’est juger bien de tout ce qui se présente par je ne sais quel sentiment qui va plus vite et quelquefois plus droit que les réflexions”.¹

Antoine Gombauld. Chevalier de Méré (1607-1685)

El Museo Valenciano de la Ilustración y de la Modernidad conmemora el “Día Internacional de los Museos”, convocado anualmente por el ICOM, con un amplio programa de actividades interdisciplinares. Entre tales iniciativas se ha convertido ya en un hecho habitual que la Sección de Estudios e Investigación del MuVIM edite, con ese motivo de común celebración, un volumen que traduzca, analice y estudie algún texto del siglo XVIII, poco conocido y/o nunca antes vertido al castellano. Con ello se pretende poner en valor tanto el patrimonio histórico inmaterial de las ideas ilustradas –uno de los objetivos fundamentales de nuestro museo– como subrayar el papel irrenunciable de la biblio-

¹ Chevalier de Méré. *Oeuvres complètes*. Les Belles Lettres. París, 1930. Vol. I, Pág. 55.

teca y de la actividad investigadora, mantenidas como esenciales en el seno del perfil funcional del MuVIM.

En ese sentido, enlazando desde la actualidad con el mundo ilustrado, recurrimos básicamente a nuestro equipo de investigadores para cubrir las distintas etapas de este proceso de edición, aunque a veces –como es el caso actual– solicitemos estratégicamente el aporte decisivo de algún/a especialista para lograr el cometido del análisis crítico y de la contextualización de la figura histórica estudiada, a partir de los concretos textos seleccionados, para incrementar el repertorio de la Colección “Biblioteca”, que así va paulatinamente consolidándose, con ésta y otras iniciativas editoriales, gestadas desde el museo.

El volumen ahora planificado –para ser oportunamente entregado a nuestro público visitante, en esa fecha de celebración museística y de puertas abiertas– se centra, por explícita decisión, en la histórica figura, de Anne Thérèse de Marguenat de Courcelles (1647-1733), más conocida como Madame de Lambert, por su enlace matrimonial, en 1666, con el Marqués de Lambert. Fue ciertamente una destacada personalidad, adscrita a la relevante cultura mundana intelectual francesa de su época, que se nos presenta a caballo entre el dilatado arco cronológico de la tradición preciosista del XVII y el decisivo preanuncio del movimiento ilustrado del XVIII.

Viuda e independiente desde 1686, con la apertura, en 1710, de su Hôtel de Nevers –tanto a *les gens de lettres* como a la cultivada sociedad mundana, en el París del primer tercio del XVIII– se incorpora muy activamente a esa fecunda tradición de intensa vida sociocultural propia de los Salones, que tan fundamental papel desempeñó en la historia del gusto y de la nueva sensibilidad, del culto al ingenio y la galantería, en el marco de la intelectualidad europea.

Precisamente, en ese puntual contexto sociocultural al que nos referimos, la figura de la mujer desempeñó un insustituible y definitivo papel histórico, que muy en particular nos interesa poner aquí de relieve, en la medida de lo posible, con esta concreta publicación.

En esa línea de preocupaciones e intereses –para la realización de la correspondiente selección, introducción y notas que forman parte del imprescindible estudio crítico previo, que caracteriza básicamente a nuestra colección– hemos solicitado la solvente y generosa colaboración de la profesora y especialista Rosa María Rodríguez Magda, escritora y filósofa, que cuenta con una amplia obra investigadora y ensayística², muy vinculada asimismo a la vida cultural valenciana y que se brindó, de inmediato, a participar activamente en este sugerente proyecto auspiciado desde el MuVIM.

La convocatoria del ICOM para el “Día Internacional de los Museos” cuenta este año con un eslogan que apunta directamente hacia la estrecha relación mantenida por los museos con el patrimonio universal. El Museo Valenciano de la Ilustración y de la Modernidad, por su parte, ejercita claramente y en creciente medida, desde su configuración –como diferenciado proyecto museográfico y de acuerdo con sus particulares principios museológicos–, sus habituales funciones dirigidas hacia el estudio, la divulgación, el fomento y la conservación del patrimonio inmaterial.

Específicamente se ha volcado el MuVIM –en una de sus vertientes– hacia la historia de las ideas, atendiendo a la consolidada “aventura del pensamiento”, cuestión en la que se centra, en líneas generales, su exposición permanente y a la que se dedica un destacado sector de su Biblioteca especializada, con su Archivo y Centro de documentación, reservados exclusivamente a investigadores. Sin duda alguna, podemos afirmar que éste es uno de los ejes vitales del museo.

Por tal motivo y desde esta perspectiva, consideramos que se adecuaba perfectamente la iniciativa de la edición del presente

² Podemos destacar, entre sus trabajos, títulos como *La sonrisa de Saturno*, *El modelo Frankenstein*, *Foucault y la genealogía de los sexos* o *Transmodernidad*. Con la presente edición continúa asimismo su amplia labor de reflexión, centrada en las aportaciones de las mujeres, desarrollada en sus libros: *La seducción de la diferencia*, *El placer del simulacro* o la compilación *Mujeres en la historia del pensamiento*.

volumen –centrado en la figura de Madame de Lambert– con la sugerencia de atender a las relaciones de los museos con el patrimonio universal de toda una serie de valores comunes, propuesto desde y por el ICOM. Sin olvidar que el programa museográfico del MuVIM, atiende particularmente a la inmaterialidad patrimonial que supone el bagaje de las ideas y el conjunto de aportaciones histórico-filosófico-literarias de la amplia y plural tradición ilustrada.

Los seis textos seleccionados de Madame de Lambert mantienen una interesante articulación, cuyo hilo conductor no es ajeno, como puede constatarse, a una clara preocupación pedagógica. Diríase que la mayoría de sus reflexiones, a partir de la intensa vida cultural desarrollada en su Salón, muy activo e influyente a lo largo de más de dos décadas (particularmente entre 1710, año de su fundación, y 1733, año del fallecimiento de Anne Thérèse de Marguenat de Courcelles), giran en torno al tema de la educación y se centran sobre todo en la necesidad de la formación intelectual de las mujeres y de su importancia como rectoras de un nuevo estilo social.

El principal escrito, entre los aquí recogidos, da nombre, en este caso, al volumen en su conjunto: *Réflexions nouvelles sur les femmes, par une Dame de la Cour* (1727) y se convierte, pues, en el eje de nuestro libro, junto a otros cinco textos más breves, que engarzan bien y complementan el proyecto: unas reflexiones sobre el omnipresente tema del gusto³, un discurso sobre la delicadeza

³ Con la irrupción del concepto de *gusto*, lo bello quedará íntimamente vinculado a la subjetividad humana (ya no será entendido como un *en sí* sino tomado como un *para nosotros*) que, en última instancia, se definirá por el placer que procura, es decir por las sensaciones o los sentimientos que suscita. Por eso, la otra cuestión central de la reflexión estética del momento, es decir el tema de los *criterios* de valoración, se refugiará asimismo bajo la nueva faceta de las *normas del gusto* orientadas estratégicamente a afirmar o no que algo es bello. La tensión histórica es, pues, patente: si por una parte la fundamentación de lo bello se vincula a la subjetividad más íntima –la del gusto–, habrá que buscar asimismo un camino para la formulación de respuestas críticas –apreciativas–, a las que no se puede renunciar si se desea que la belleza, como valor, se fomente, dirija, se comunique y participe colectivamente. Tal es el dilema entre lo público y lo privado, lo particular y lo colectivo, la subjetividad y el *sensus communis*, la tradición y la norma del gusto. El síndrome de la modernidad se formula así plenamente en esos contrapuntos.

del espíritu y del sentimiento⁴, un discurso sobre si el amor es algo conveniente a las mujeres cuando no son ya jóvenes, así como otras reflexiones más sobre la vida de la mujer⁵, y, por último (aunque el orden de aparición en el volumen se haya reajustado), una carta –de entre las cerca de sesenta mil que cruzó, en la época, con sus numerosos y diversificados *correspondants*– centrada concretamente en un tema que le preocupaba también con amplitud, como es el de la educación de las jóvenes⁶.

No en vano, como es sabido, en esa faceta pedagógica, dedicada a la formación de los hijos/las hijas, que comentamos, abundan e insisten muchas de sus obras, redactadas sobre todo en torno de la década de los años veinte del XVIII. Sirvan, como ejemplos añadidos, su libro *Avis d'une mère à son Fils* (1726) o su otro texto más conocido, *Avis d'une Mère à sa Fille* (1728)⁷, que se comenta

⁴ Es decir, por un lado estarían los conocimientos adquiridos y el discurso lógico, y por otra parte las facultades afectivas vinculadas a la intuición y al discernimiento (*bon sens*). Es así como el imperativo del gusto se transforma en instrumento de una especie de conocimiento superior, que escapa totalmente a las tareas de la razón lógica, tal como apuntamos ya con el *motto* inicial, que abre nuestro texto. Sólo la prioridad del gusto (*esprit de finesse, délicatesse*) es capaz de captar las múltiples variaciones y resonancias que anidan en el seno del arte y de la belleza. De esta manera la *crítica mundana*, dejando a un lado todo bagaje doctrinal y el peso de las reglas, se remitirá totalmente a las impresiones inmediatamente subjetivas, por lo que el objeto estético se hallará así intrínsecamente ligado al placer que comunica y las consideraciones doctrinales no intervendrán para modificar ese juicio inmediato.

⁵ Este texto procede del volumen *De l'éducation des Jeunes Filles. Avis de la Marquise de Lambert à sa fille*. Edward Rouveyre, éditeur. París, 1896.

⁶ Desde una perspectiva pedagógica, si, por un lado, el gusto –vinculado a la sensibilidad, al *agrément*– implica una especie de *aptitud natural*, por otra parte, en cuanto “buen gusto” –reglado por la *bienséance*, por la costumbre– exige una iniciación, un proceso educativo, un *aprendizaje*, desarrollado por la experiencia del trato con la sociedad *polie et mondaine*, y por la reflexión y observación de *bons modèles*. Piénsese que el gusto ocupa siempre su lugar en el marco de un amplio *proceso de aculturación*, pudiendo asumir o bien un papel receptivo, de sedimentación acumulativa –como depósito y vehículo– o bien un papel revulsivo, como una nueva toma de conciencia. Sin duda, en el contexto histórico que ahora nos ocupa, al hilo de los trabajos de Madame de Lambert, se potenció, singularmente, la primera de las opciones, aunque las latentes condiciones de posibilidad de la segunda no dejen tampoco de estar presentes.

⁷ Como proyecto de esta colección “Biblioteca”, del MuVIM, ya figura el dedicar un próximo volumen al tema de la educación de las/los jóvenes en el XVIII, en el que no podremos dejar de hacer referencias a estas publicaciones de Madame de Lambert, junto a otros relevantes textos de la época sobre dicha cuestión.

asimismo en el estudio crítico e introductorio que le es dedicado a Madame de Lambert.

De hecho, siempre hemos procurado, en los distintos volúmenes de la Colección “Biblioteca”, publicados desde el MuVIM –respondiendo comúnmente a motivos de conmemoraciones y actividades programadas, para entregar a nuestro público–, que los textos seleccionados, aunque moviéndose, todos ellos, al hilo de la historia general de las ideas, no fueran ajenos tampoco al pulso de los contextos artísticos y/o estéticos⁸. Y así hemos querido seguir manteniéndonos también en esta edición dedicada a Madame de Lambert, al articular estratégicamente el eje de la reflexión sobre la figura de la mujer en el ámbito ilustrado, que tanto le preocupó, con otros temas que no le fueran ajenos.

Tal sucede con la cuestión del *goût*, con las de la *délicatesse* y la *amitié*, con el decisivo papel reservado culturalmente al *esprit* y/o con el tema del *sentiment* o de la *sensibilité de l'âme*, fomentada didácticamente en los/las jóvenes. Problemas estéticos y cuestiones socioculturales todos ellos considerados básicos en la charnela cronológica que nos ocupa, para el ideal humano de les *honnêtes gens*, con su intenso y versátil humanismo mundano, dirigido a un sujeto que directamente incorpora las virtudes de la sociabilidad, dotándose, para ello y por ello, del deseo de agradar y de la necesidad de adecuarse al contexto público, al que de hecho pertenece y en el cual se halla integrado, así como asumiendo la paralela apetencia de hacerse estimar igualmente por él.

En resumidas cuentas, les *honnêtes gens* pueden, con total facilidad y pertinencia, asimilarse a un auténtico *happy few*, a un

⁸ *Arte, Gusto y Estética en la Encyclopédie* (2005) recogía un conjunto de artículos, centrados en estos temas, extraídos del histórico texto ilustrado y se editó el Día Internacional de los Museos de ese año; F. von Schiller *Seis Poemas filosóficos y cuatro textos sobre la Dramaturgia y la Tragedia* (2005), fue un volumen que respaldó bibliográficamente el Congreso Internacional del MuVIM sobre la figura de Schiller, celebrado en el otoño del 2005; J.H.S. Formey *Discurso preliminar acerca de la historia de la reflexión sobre lo bello* (2006) se editó con motivo del Día Internacional de los Museos del 2006; Moses Mendelssohn *Fedón o sobre la inmortalidad del alma* (2006) conmemoraba la Jornada de puertas abiertas de la Biblioteca del MuVIM de ese mismo año.

selecto grupo social que –explícita o tácitamente– comparte preferencias estéticas, maneras de comportamiento, formas de interacción comunicativa, costumbres e incluso rasgos ideológicos, aunque siempre insertos en el marco de un pautado hedonismo, propio y caracterizador de la vida mundana.

Será así, sobre todo, en los Salones –el marco convertido en el más adecuado y selecto, por antonomasia, para tales relaciones sociales–, donde se desarrolle eficaz, agradable y convenientemente el arte de la comunicación.

De hecho, ese concreto modo de vivir, por el mundo y para el mundo, por la sociedad y para la sociedad, –donde lo que más importa es ciertamente la apariencia agradable, es decir la imagen personal que exteriormente debe manifestarse en toda su plenitud, y que es la que, en última instancia, define al sujeto ante los demás– ese compartido *modus vivendi* –decíamos– descubre y hace radicar en él mismo su propia finalidad y, consecuentemente, encontramos ya en su inmediata existencia su plena y mejor justificación. El ser y la apariencia se dan la mano.

De ahí, también, el relevante papel, desde el punto de vista social y cultural, que en ese concreto marco existencial e histórico desempeña la destacada figura de la mujer.

Precisamente ese tránsito entre los siglos XVII y XVIII, en el cual se desarrolló la existencia de Madame de Lambert, fue muy fértil y activo en tensiones estéticas, mantenidas y fomentadas entre el surgimiento y consolidación de nociones tales como la delicadeza, el gusto, el “no sé qué” o el ingenio frente a la tradicional rotundidad de la belleza, en buena medida, respaldada formal y académicamente desde el ámbito de la razón y de las normas⁹. Ya pensadores como Dominique Bouhours (*La manière de bien penser dans les ouvrages d’esprit*, 1687) o Blaise Pascal

⁹ Es justamente en este horizonte de la historia de la estética francesa donde algunas figuras como Jean-Pierre de Crousaz (1663-1750), Yves-Marie André (1675-1764) y Jean-Baptiste du Bos (1670-1742) deben ser ubicados para una adecuada comprensión de la

(*L'art de persuader*, 1658) supieron entender certeramente y avanzar concepciones y posturas, desde el XVII, que abrieron amplios caminos y definieron posturas relevantes en el universo de la teoría, de la crítica y de la historia¹⁰.

En concreto, digamos que históricamente entre lo que podríamos calificar como “estética de la ratio” y “estética de la délicatesse” –dos planteamientos distanciados, en cuanto modos de entender no sólo la teoría del arte sino también la vida– se abre una fuerte polémica, a partir respectivamente del dominio académico y del mundano, asumidos claramente como dos maneras de abordar, a su vez, el contexto artístico, dos formas de encarar el sofisticado pulso sociocultural y asimismo dos vías para justificar o enjuiciar la propia existencia mundana¹¹. Desde la perspectiva filo-

teoría estética del momento, al hallarse estos pensadores entre la potente herencia del clasicismo francés y los nuevos planteamientos mundanos que, indefectiblemente, se iban abriendo paso de la mano de la *teoría del gusto* y de la actividad de los Salones, auténticos goznes y fuleros donde se implantaban, decididamente, las plurales argumentaciones en favor de la subjetividad. Cfr. Verena von der Heyden-Rynsch. *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida*. Ediciones Península. Barcelona 1998; Rémy Gilbert Saisselin, *Taste in Eighteenth Century France*. Syracuse University Press. Syracuse 1965; Raymond Bayer, *L'esthétique de la grâce*. Editions Alean. París 1933; Claude Moussy, “*Gratia*” et sa famille. PUF. París 1966.

¹⁰ Sin duda, acertadamente, Dominique Bouhours (1628-1702) subraya tres aspectos que considera esenciales del gusto: (a) Su autonomía como facultad crítica, al distanciarla –en su *modus operandi*– del proceso lógico-discursivo; (b) su papel claramente transitivo, basado en la relación de mediación sujeto/objeto; (c) la originalidad de su procedimiento, que Bouhours plantea como análogo a la intuición (*instinct de la droite raison*). La dualidad del gusto que conduce a *sentir* la belleza y, a la vez, *comprenderla* instantáneamente, como por intuición y al margen de prolijos razonamientos y aplicación de reglas, será, por supuesto, uno de los puntos capitales de las teorías enfrentadas, que tendrán su clara repercusión en el ámbito, no sólo de la estética, sino especialmente de la crítica de arte. De hecho, resuena aquí el eco de la diferencia planteada por el propio Blaise Pascal (1623-1662) entre *l'esprit de finesse* y *l'esprit de géométrie*, que, agudamente preanunciaba y tomaba parte ya en el debate que oponía entre sí la *subjetividad del gusto* (vía del sentimiento) y la *objetividad de las reglas* (vía de la razón). D. Bouhours, *Les entretiens d'Ariste et d'Eugène* (1671). Armand Colin editeur. París 1962; Raymond Picard, *Les salons littéraires et la société française 1610 - 1789*. París 1943; René Bray, *La formation de la doctrine classique*. París 1927.

¹¹ Sin duda se trata de un racimo de interesantes cuestiones que personalmente, como director del MuVIM y como investigador de la estética del XVIII no ha dejado de ocuparme. Sobreponiéndome, pues, a la tentación de abordar el tema en este prólogo –lo cual, por cierto, considero que estaría fuera de lugar–, me limito a referenciar, como mínima compensación, una reciente publicación que se aproxima, en su primera parte, a estas cuestiones en cabalgadas entre el XVII y el XVIII: R. de la Calle *Gusto, Belleza y Arte. Doce ensayos sobre*

sófica y estética de esta bisagra de la cultura francesa, entre dos siglos, la bibliografía existente y desarrollada ya en aquella época fue muy considerable y consolidada históricamente¹².

Tal es el horizonte en el que conviene encuadrar la destacada figura de Madame de Lambert, como bien se cuida analíticamente, desde el trabajo de introducción que abre el contenido de este volumen.

Finalmente, obligado es mostrar por mi parte, en este coyuntural proemio, en paralelo, tanto la satisfacción por los resultados obtenidos con este esfuerzo editorial como el agradecimiento por las distintas colaboraciones que lo han hecho posible. Así, concretamente, quisiera reconocer y subrayar el cuidado y minucioso trabajo llevado a cabo, con evidente generosidad e interés, por Rosa María Rodríguez Magda, como responsable básica de la edición.

Como todos los anteriores volúmenes de la Colección Biblioteca, también este quinto número es el resultado de una estrecha colaboración y de una resuelta y común entrega del equipo del MuVIM. Y así deseo hacerlo constar, agradecidamente, una vez más.

Valencia, Museo Valenciano de la Ilustración y de la Modernidad (MuVIM), el 18 de mayo del año 2007, Día Internacional de los Museos.

Romà de la Calle
Director del MuVIM

la Historia de las Ideas Estéticas y la Teoría del Arte. Colección Metamorfosis n° 7. Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2006.

¹² En ese concreto contexto histórico –como ya hemos dicho– se plantea la polémica entre la *délicatesse* y la *ratio*, que recorre la segunda mitad del siglo XVII y penetra pujante en el XVIII. Así la *Estética del sentimiento* será argumentada y defendida relevantemente, entre otros, por Dominique Bouhours (*Des manières de bien penser dans les ouvrages de l'esprit*, 1687) y por Jean Baptiste du Bos (*Réflexions critiques sur la poésie et la peinture*, 1719), frente a los planteamientos afines a una *Estética cartesiana*, desarrollados ampliamente, por ejemplo, por N. Boileau (*Art Poétique*, 1674), J. P. Crousaz (*Traité du Beau*, 1715) o por Ch. Batteux (*Les Beaux Arts réduits à un même principe*, 1746). Cfr. Jules Brody, *N. Boileau and Longinus*. Droz editeur. Ginebra 1950; Quentin M. Hope, *Saint-Evremond. The honnête homme as Critic*. Indiana University Press. Bloomington 1962.

INTRODUCCIÓN

MADAME DE LAMBERT: LA EXIGENCIA DEL SENTIMIENTO

El preciosismo y la ilustración “olvidada”

Antes de centrarnos en la figura y la obra de Mme de Lambert es necesario hacer algunas precisiones en torno a su época histórica, la dimensión cultural de los salones, el protagonismo intelectual de las mujeres en ellos y el sesgado menosprecio que la historia de la filosofía al uso ha realizado de tal aportación.

Mme de Lambert, a medio camino entre el siglo XVII y el XVIII, hereda la tradición del Preciosismo y avanza la Ilustración.

Aún cuando el término “Preciosismo” adquiere su uso como movimiento cultural en el siglo XVII, podemos encontrarlo ya, según señala R. Lathuillère, en el siglo XII en una canción de gesta conocida como “El viaje de Carlomagno” con el sentido de “lo que tiene precio”. En esta línea iría la definición de preciosa dada hacia 1650 por l'Abbé de Pure: “Ainsi aujourd'hui on appelle les Précieuses certaines personnes du beau sexe qui ont su se tirer de prix commun des autres et qui ont acquis une espèce et un rang tout particulier”¹.

¹ Véase Oliva Blanco “La “Querelle féministe” en el siglo XVII” en *Feminismo e Ilustración*, Madrid, Instituto de investigaciones feministas. Universidad Complutense de

El preciosismo es un fenómeno culturalmente infravalorado, precisamente porque obedece al protagonismo de las mujeres en la sociedad mundana del Antiguo Régimen de Francia; pero representa no sólo la parcial imposición del punto de vista femenino en los usos sociales, sino que propicia toda una eclosión intelectual por parte de éstas: cartas, retratos, tratados, máximas, novelas... generando un estilo propio. Conforman un ideal de sociabilidad, que renueva el estilo aristocrático, antes basado en el prestigio de la guerra, la sangre y la rudeza, para dar paso a espacios marcados por la elegancia, las buenas maneras, el ingenio, el placer de la conversación y de la seducción; modelo que se prolonga durante casi dos siglos. Tal es el mérito que ostentan, entre otras: Mme de Rambouillet, de Sablé, de Sevigné de Tencin, du Deffand, de Lespinasse, du Châtelet, Mlle d'Épinay...

La historia de la filosofía ha solido menospreciar las aportaciones intelectuales de sus protagonistas, como si de meras anfitrionas se tratase, que posibilitaron cierta relevancia pública de los *philosophes* – ellos sí verdaderos estandartes de la ilustración, que ocupan un lugar pertinente en la genealogía del pensamiento. Las preciosas y las ilustradas aparecen, así, como un mero aditamento secundario, curioso fenómeno cultural, más propio, en todo caso, de la historia de la literatura. Ello comporta una doble exclusión genealógica: la visión continuada de las aportaciones de las mujeres en la cultura, y la de la propia historia legítima de la filosofía. Como Adrienne Rich señalara en *Sobre mentiras, secretos y silencios*: “Toda la historia de la lucha por la autodeterminación de las mujeres ha sido ocultada una y otra vez... Esta es una de las formas por medio de la cual se ha hecho aparecer el trabajo y el pensamiento de las mujeres como esporádico, errante, huérfano de cualquier tradición propia”.

Madrid, 1992, pág. 73. (referencias R. Lathuillère, *La préciosité*, Genève, Librairie Droz, 1969, pág. 16, cita L'abbé Pure en R. Bray, *La préciosité et les précieux. De Thibaut de Champagne à Jean Giradoux*, Paris, Nizet, pág. 137). El libro *Feminismo e Ilustración* recoge las aportaciones del seminario permanente que con el mismo título ha dirigido Celia Amorós, recuperando la importancia de las pensadoras de este periodo y reivindicando la necesidad de un “feminismo ilustrado”.

En orden a rescatar esa tradición propia, deberemos resaltar que la reflexión sobre el amor, que se realizó en los salones, retoma, como Anne Tristan apunta, un fenómeno que ya se había dado con anterioridad, precisamente cuando las mujeres habían impuesto su criterio en la producción intelectual, me refiero a la literatura cortés. Leonor de Aquitania, María de Francia, la condesa de Die, los trovadores y las trovadoras, las cortes de amor, la entronización de la dama y del fino amor. “Por primera vez con posterioridad al amor cortés, el tema fundamental de reflexión que es el amor se vincula indisolublemente con la reivindicación feminista”². Ello establece una línea de continuidad y de coherencia: cuando las mujeres tienen las condiciones sociales para imponer su punto de vista, aparece toda una reflexión específica en torno a los sentimientos, la dignidad femenina, la delicadeza de las emociones, la crítica de los roles sexuales tradicionales..., una reflexión que, aún entrecortada en el tiempo, configura una nueva concepción del amor y de las relaciones de las que hoy somos herederos.

La dignidad de la mujer y la denuncia de su injusta y pretendida inferioridad es otro de los temas presentes en las discusiones de los salones que entronca con toda una tradición que, por centrarnos sólo en la eclosión de las mujeres humanistas, tuvo nombres propios tan relevantes, y sistemáticamente olvidados en la historia de la filosofía, como fueron: Isotta Nogarola, Olimpia Morato, Lucrecia Marinelli, Marie de Gournay, Ana María von Schurmann, Christine de Pisan o Moderata Fonte³. Pero no se trata únicamente de que el debate sobre la igualdad o supeditación de las mujeres sea una problemática curiosa que deberíamos incluir como *addenda* extravagante o menor en la historia del pensamiento, amén de constituir el apartado donde los padres de la filosofía más evidencian su mezquindad intelectual –salvando honrosas excepciones–; constituye la piedra de toque de la incoherencia de tantos sistemas

² Anne Tristan, *La alcoba de Barba Azul*, Barcelona, Gedisa, 1980. pág. 53.

³ Véase, entre otras, la excelente obra de Romeo De Maio, *Mujer y Renacimiento*, Madrid, Mondadori, 1988.

filosóficos, que quiebran sus propios presupuestos al identificar el sujeto del conocimiento con el sujeto masculino. Establecer la génesis de conceptos como igualdad y diferencia, sin los que hoy no podemos pensar los valores de las sociedades democráticas, implica restablecer la pertinencia cultural de muchos olvidos, esto es: revisar y completar, mostrar el subtexto generizado, de lo que aún hoy consideramos la historia canónica del pensamiento.

Basten estos ejemplos para entroncar el preciosismo y la Ilustración femenina en la genealogía de un pensamiento propio. En cuanto a su inclusión de pleno derecho en la historia de la filosofía, hay que destacar, en primer lugar, sus aportaciones.

Como ya hemos comentado, la reflexión que surge en los salones configura una nueva forma de sociabilidad, en la que subyace una distinta visión de la naturaleza humana y el ideal moral de *l'honnêteté*, decisiva en la *Querelle* de los Antiguos y los Modernos. Se fracciona el modelo aristocrático, que, alejado de la corte, incorpora a las gentes de letras. Se potencia el protagonismo femenino, la mujer promociona no sólo un estilo de comportamiento social y cultural, sino que se realiza como productora teórica, potenciando nuevos géneros literarios. Los salones representan la Ilustración olvidada. No obstante, en cuanto a las aportaciones de las mujeres, debemos distinguir diversas fases que se van enlazando entre sí: el preciosismo, la creación de lo que podríamos denominar una filosofía femenina diferente a la de los *philosophes* y, finalmente, el intento de completar la Ilustración, que se prolonga, más allá de la caída del *Ancien Régime*, en las mujeres de la Revolución Francesa: Olympe de Gouges, Théroigne de Méricourt, Claire Lacombe.

El primer preciosismo tiene un talante más eminentemente social, en el que priman la *politesse*, las reflexiones sobre el amor y las costumbres. Pero, poco a poco, los salones van recibiendo a los literatos, a los científicos, a los filósofos... elevándose el tono de los temas tratados. La creación de un nuevo modelo de la excelencia y la civilización está propiciado por y desde la mujer; se da por

aceptado que a ella pertenecen cualidades como la imaginación, el gusto, el sentimiento, la sensibilidad... que determinan el horizonte deseable en las relaciones sociales, e igualmente el desarrollo moral de los individuos. Se trata no simplemente de la creación de lo “mundano”, sino de una diferente forma de ver el mundo. Emblema del Ancien Régime, los salones son realmente un elemento subversivo frente a éste, pues constituyeron la vía de difusión de las ideas de los Modernos, *l'honnêteté*, como forma de moralidad profana debilitaba la fuerza de la Iglesia. Versalles era la corte, pero los centros intelectuales se hallaban en los salones y fueron fundamentales para otorgar presencia y poder a quienes habían de impulsar el movimiento ilustrado.

Sin embargo, como muy bien señala Ann Willeford, no debemos confundir lo que ella llama *women-centered philosophy*, que hemos denominado filosofía femenina, con la de los *philosophes*; de hecho, y tal es su tesis, la filosofía de las Luces eclipsa la de los salones. Que el desarrollo de la Ilustración acabó excluyendo a las mujeres y recluyéndolas en el ideal doméstico rousseaniano, basándose en la teoría del intelecto femenino sexuado, propalado por los médicos filósofos, y que un nuevo “contrato sexual” da origen a la sociedad burguesa del XIX, es un tema ampliamente estudiado por autoras como Geneviève Fraisse o Carole Pateman⁴, pero el interés del citado artículo estriba en mostrar las divergencias, no en la traición de los ideales igualitarios, sino en la separación, ya presente originariamente, entre la reflexión femenina y la realizada por los varones. Paso, a continuación, a comentar las disensiones más señaladas según la autora.

El tema de la diferencia sexual subyace en múltiples discursos. Desde la filosofía femenina ésta es sentida como algo que conforma una cierta superioridad espiritual de la mujer, si bien reconocida de una forma galante, pero sin sus efectivos corolarios de emanci-

⁴ Geneviève Fraisse, *Musa de la razón*, Madrid, Cátedra, 1991, y Carole Pateman, *El contrato sexual*, Barcelona. Anthropos, 1995.

pación. El estudio de esta naturaleza diferente de la mujer debería servir de modelo a ambos sexos, engrandeciendo la noción de naturaleza humana, incorporando aquello que es “precioso” para todos. Toda una serie de cualidades que en sí mismas tienen valor y deben ser convenientemente apreciadas. Esta certeza de la filosofía femenina no es mera petulancia entreverada de pesimismo, ni tampoco un idealista canto a la excelencia femenina que tantas veces habíamos encontrado en la *Querelle des femmes* de siglos precedentes. Se trata de un programa de reforma social que, consciente críticamente del modelo masculino vigente, que abandona a las mujeres a la insignificancia, considera necesario, incorporando el punto de vista de éstas, caminar hacia una noción de la naturaleza humana más plena. Esta idea de una naturaleza diferente parece alejada, en principio, del convencimiento ilustrado de la igualdad de todos los seres humanos; no obstante, serán los propios ilustrados quienes finalmente, apelando al biologicismo, recluyan, incongruentemente con sus principios, a las mujeres en la diferencia de su naturaleza, como es la nefasta propuesta rousseauniana, y serán aquellas mujeres ya plenamente ilustradas, que abandonan la idea de una naturaleza propia, quienes sufran el castigo por su osadía igualitaria, cuyo caso más sangrante lo tenemos en la condena a la guillotina de Olimpia de Gouges.

Frente a las ideas de lo universal, la razón y lo público, características de los *philosophes*, la cultura de los salones había preconizado un culto a lo individual, el sentimiento y lo privado, regido por los criterios del buen gusto, la belleza y el refinamiento, generando una novedosa versión neo-platónica del amor, claramente femenina, cuando no con claros tintes feministas. Los *philosophes* apuestan por la razón como guía de la moral, la filosofía femenina elogia la imaginación, el gusto y los sentimientos como determinantes en la conformación de los valores, intentando delimitar las normas y límites de su correcto uso. Sobre todo, aún sabedoras de su importancia, buscan precaver a las mujeres de los peligros de su exceso, pues conscientes de su situación desigual, el abandono a los sentimientos, la incursión excesiva en lo galante, las aboca al

libertinaje y al deshonor. Esta recurrencia a cierto estoicismo y a la consecución de la virtud, lejos de ser una postura mojigata, revela una prudente lucidez, la conciencia de que las relaciones eróticas están pensadas desde el punto de vista y a beneficio del varón, por lo que primero la mujer deberá ser dueña de su dignidad, para promocionar después un modelo que no le sea lesivo. Frente a la galantería o el franco libertinaje, la filosofía femenina apuesta por la amistad entre los sexos en pie de igualdad, lo que deberá postergar un erotismo que sólo enmascara el dominio y la degradación. Esta postura será la que veamos expuesta en la obra de Mme de Lambert. Pero la trampa del amor para las mujeres es constatada de forma recurrente, así en las *Cartas de una turca en París, escritas a su hermana en el harem para servir de complemento a las cartas persas* (1731), opúsculo que replica la célebre obra de Montesquieu, la situación de la mujer europea libre dominada por el amor, pero a la vez sufriendo el desprecio que ello conlleva, no es considerada mejor que la de las que, en oriente, se hallan recluidas en el harem. Ese mismo peligro de degradación es recogido en la acepción “Mujer (Moral)” de *L'Encyclopédie*, donde se presenta como felicidad verdadera la de la abnegada madre de familia, que se aleja del mundo de los placeres, y cuya gloria es “vivir ignorada” en la práctica de las “virtudes oscuras” del amor filial y la correcta administración doméstica.

Mientras la filosofía femenina cree en la naturaleza propia y en el destino teleológico de su perfeccionamiento, los ilustrados abandonan la teleología buscando una mejora progresiva de la sociedad. Su rechazo a toda autoridad ajena a la razón encubre la utopía del filósofo rey, de un cierto despotismo ilustrado; frente a ello la filosofía femenina precedente, mucho más intimista, recurría como único criterio de validez a la propia conciencia.

Por todo ello, concluye Willeford, “es claro que la cultura femenina amenaza, en teoría y en la práctica, las bases de la nueva sociedad considerada por los filósofos. En la teoría, pretende fines diferentes; expresa vías opuestas sobre la naturaleza humana, el

origen del saber y de la autoridad, así como sobre el lugar del individuo en la sociedad. En la práctica, las mujeres de la alta sociedad ejercen un poder que los filósofos desean para ellos... El movimiento de las Luces acaba por triunfar sobre la filosofía femenina así como sobre el Ancien Régime. Doscientos años de dominio social femenino cesan cuando *la philosophie* expulsa de los salones el amor como tema de conversación. Con la Revolución, las mujeres pierden prácticamente todos los vestigios de sus antiguos poderes e influencias”⁵.

Me he detenido en la interpretación de Willeford, pues creo que define muy bien la diferencia entre la primera cultura de los salones y el pensamiento ilustrado en el momento en que Mme de Lambert ejerce su influencia; nacida, como hemos dicho, a medio camino entre el XVII y el XVIII, nuestra autora no es todavía una ilustrada. No obstante, pienso que, si ampliamos el marco temporal, los salones posteriores van perdiendo preciosismo y ganando en Ilustración, aún cuando sólo sea para que las mujeres ilustradas se den cuenta de la insuficiencia de la Ilustración. En cualquier caso las diferencias expuestas entre la filosofía femenina y la de los *philosophes* tienden a diluirse o a formar intersecciones más complejas. Así, bástenos recordar cómo Mme d’Epinay en 1772, en una carta dirigida al Abate Galiani, defiende una misma naturaleza para hombres y mujeres, como reivindicación de la igualdad, abandonando la idea de una naturaleza femenina diferente: “Puesto que los hombres y las mujeres son de la misma naturaleza y constitución, son susceptibles de los mismos defectos, de las mismas virtudes y de los mismos vicios. Las virtudes que se quiso dar a las mujeres en general son casi todas virtudes *contra natura* que sólo producen pequeñas virtudes ficticias y vicios muy reales. Sin duda, serán necesarias muchas generaciones para volver a ser tal y como la naturaleza nos hizo. Quizás ganáramos con ello, pero los hombres perderían demasiado. Están

⁵ Ann Willeford, “Une alternative à la philosophie des Lumières (1700-1750)”, en Danielle Haase-Dubosc et Éliane Viennot (eds.), *Femmes et pouvoirs sous l’Ancien Régime*, Paris, éd. Rivages, 1991, pág. 234.

muy contentos de que no seamos peores de lo que somos después de todo lo que han hecho para desnaturalizarnos con sus bellas instituciones”⁶. Todo un alegato que marcará el paso de un feminismo de la diferencia precioso, hacia un feminismo de la igualdad ilustrado, en un proceso continuado hacia la emancipación.

Apunte biográfico

Anne Thérèse de Marguenat de Courcelles (1647-1733), más conocida como Mme de Lambert es una de las figuras más relevantes de la cultura mundana intelectual francesa que arranca con el preciosismo y avanza las líneas de la Ilustración. Hija única de Etienne de Marguenat, señor de Courcelles, y de Monique Passart. Influida por el segundo marido de su madre François le Coigneux, señor de la Rocheturpin et de Bauchemont, recibe una cuidada educación, en la que destacan toda una serie de lecturas: Séneca, Plutarco, Montaigne, los moralistas del siglo XVII..., que van a conformar de manera determinante su pensamiento; en él podemos hallar una síntesis de la cultura clásica, el estilo aristocrático, el protagonismo de las *salonnières* o las reflexiones jansenistas. En 1666, a los dieciocho años, contrae matrimonio con el marqués de Lambert, aristócrata y soldado, que había sido gobernador de Luxemburgo y al que parece admiraba por su honestidad y rectitud, y cuyo ejemplo propondrá más tarde en *Consejos de una madre a su hijo*. Es a partir de 1786 que, al enviudar y quedar libre, tras solucionar favorablemente algunas cuestiones financieras y concluida la educación de sus hijos, abre las puertas en 1710 del palacio de Nevers, que formaba parte del palacio Mazarin, hoy Biblioteca nacional, constituyéndose en uno de los salones de mayor influencia durante más de treinta años.

⁶ Mme d'Epinay, “Carta al Abate Galiani”, París, 14 de marzo de 1772, recogida en Condorcet, De Gouges, De Lambert y otros, *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, edición de Alicia H. Puleo. Barcelona, Anthropos, 1993, págs. 85-86. Véase también, con respecto a la autora que nos ocupa, el excelente artículo de Alicia H. Puleo “Cartesianismo y moral estoico-epicúrea en la reflexión de Mme Lambert”, en *Feminismo e ilustración*, op.cit. págs. 115-120.

Mme de Lambert es consciente de continuar una tradición, y así retoma el estilo de los salones de Mme de Rambouillet, con su culto a la galantería y al ingenio, el de Mme de la Sablière, explayación de una nueva sensibilidad del corazón y las emociones, el rigor de Mme de La Fayette e incluso del epicureísmo que se respiraba en el salón de Ninon de Lenclos.

Recibía dos veces por semana, los martes a las *gens de lettres* y a la sociedad mundana los miércoles, cuidando de que en el primer caso se discutieran los temas más elevados y se procediera a las lecturas literarias y filosóficas, reservando un ámbito más ligero de conversación al segundo encuentro. No obstante, una vez mantenida la coherencia de ambos círculos, no era extraño que los invitados intercambiaran sus visitas, lográndose así una síntesis en la que los intelectuales se tornaban más refinados y la buena sociedad iba adquiriendo conocimientos e intereses cultos.

Las reuniones de los martes comenzaban con un almuerzo, en que se diseñaba el plan de actividades de la tarde, los temas a debatir o las obras que se leerían. Las sesiones eran dirigidas por Fontenelle y La Motte, siendo Montesquieu uno de los asiduos, presentando a menudo los textos en los que venía trabajando, (allí dio a conocer, por ejemplo, por vez primera, sus *Lettres persanes*). Otro de los temas que suscitó las más encendidas deliberaciones fue la *Querelle des Anciens et des Modernes*, donde la tradición humanista y eclesiástica, ejemplificada en su vertiente clásica por la helenista Mme Dacier, se enfrentaba a una renovación y laicización de las ideas y costumbres, auspiciada por el propio La Motte, y en donde se avanzaban buena parte de las ideas que constituirían el estandarte de la Ilustración. Otros temas habituales eran: el amor, el deber, el gusto, la *honnêteté*, la felicidad..., que, si bien continuaban la tradición de las cuestiones clásicas en los salones del XVII, empezaban, por la influencia de Marivaux, Terrasson, los mismos Fontanelle o Montesquieu, a tratarse de una manera más abierta y tolerante. Este mismo talante preconizaba un nuevo estilo de entender las relaciones sociales, otorgando una mayor digni-

dad a las gentes de letras; el salón configuró un *lobby* de influencias para todos aquellos que desearan ingresar en la Académie française. Por otro lado se caracterizó por el protagonismo otorgado a la mujer, incluso a las actrices, tan mal consideradas por la iglesia; así, entre sus visitantes, no era extraño encontrar a la novelista Catherine Bernard, a Mme d'Aulnoy, autora de *Contes de fées*, o a la actriz Adrienne Lecouvreur.

En 1733, tras una larga vida, fallecía la marquesa de Lambert. *Le Mercure de France* le dedicó unas elogiosas páginas ensalzando su biografía y su obra, donde resaltaba que: “Las cualidades de su alma, más importantes y más inusuales, sobrepasaban aún las de su *esprit*”⁷. El marqués d'Argenson le ofrendó un cariñoso recuerdo: “Perdía el mes pasado a la marquesa de Lambert, que, aunque tenía ochenta y seis años, era mi amiga desde hacía mucho tiempo. Los doctos y los *honnêtes gens* la recordarán largo tiempo (...) su casa honraba a cuantos eran admitidos”⁸.

D'Alambert, refiriéndose a la perfecta coincidencia en su salón entre literatos y mundanos, escribirá: “Unos llevaban el saber y las Luces, los otros esa cortesía y urbanidad de la que ni siquiera el mérito puede prescindir (...). Los hombres de mundo salían de su casa más cultos, los hombres de letras más amables”⁹.

Obras

Mme de Lambert escribió una amplia variedad de obras sobre los temas más diversos, todos ellos habituales en la reflexión de la época

⁷ Extracto del *Mercur de France*, incluido en *Oeuvres de Mme la Marquise de Lambert, suivis de ses Lettres a plusieurs personnages célèbres. Édition Complete*. Paris, Léopold Collin, 1808. pag. VIII.

⁸ *Journal et mémoires du marquis d'Argenson*, publicados por E.J.B. Rathery, 9 vols. Paris, veuve de J. Renouard, 1859-1867 (Johnson Reprint Corporation, Nueva York-Londres 1968) Vol. I, págs. 163-164. Citado por Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003, pag. 325).

⁹ Juan le Rond d'Alambert, *Éloge de Saint-Aulaire*, en *Oeuvres de d'Alambert*, 5 vols., A. Berlin, París, 1821-1822, vol III, pag. 295. (Citado por Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003, pag. 325).

y a los que otorga su visión personal, enriquecida por las discusiones que tenían lugar en su propio salón. A ello hay que sumar sus 60.000 cartas, en las que se desarrollan desde asuntos intelectuales como la pedagogía, las costumbres, la historia, la religión, la política..., a cuestiones más ligeras de sociedad o intrigas de la corte.

En su vertiente pedagógica encontramos *Àvis d'une Mère à son Fils* (1726) y *Àvis d'une Mère à sa Fille* (1728). Aunque Mme de Lambert escribía sólo para el reducido número de sus contertulios y casi todas sus obras se publicaron después de su muerte, copias de estos textos salieron de su círculo y fueron llevadas a la imprenta, suceso que le causó un gran disgusto, pues no se consideraba honorable que una mujer de posición publicara sus escritos. A pesar de sus intentos de adquirir las copias, los libros tuvieron una gran difusión y éxito, realizándose varias ediciones, e incluso fueron traducidos al inglés. Me detendré más en estos dos textos, pues en ellos se avanza las diversas expectativas de ambos sexos, tema subyacente en la obra que nos ocupa.

Àvis d'une Mère à son Fils comienza constatando que, por muchos cuidados que se tengan con la educación, ésta es siempre imperfecta, en todo caso se dirige a la ciencia de la inteligencia, pero deja de lado el conocimiento del mundo y los buenos modales. (Nótese que el empleo del término *bienséances*, aunque pueda ser traducido, como lo hemos hecho, por “buenos modales”, va mucho más allá y se refiere a una forma adecuada de estar en sociedad, moverse con brillantez entre las conveniencias sociales, un arte de la cortesía y la *politesse*, que va a ser precisamente la mayor aportación del preciosismo, creando una nueva forma de sociabilidad en donde el *esprit* –la inteligencia, el ingenio– se unen a la elegancia y mundanidad). Así pues, aunque pueda parecernos un cometido un tanto ligero, los consejos de Mme Lambert a su hijo van encaminados no al saber o a la ética, sino a la consideración de las costumbres, dirigidas al éxito social, si bien desde un talante moral, síntesis de exquisitez y *honnêteté*. En este sentido le exhorta “no puedes aspirar a nada más digno ni conveniente que

“la gloria””, la gloria del héroe, pero ésta no está determinada únicamente por las grandes gestas, sino que debe incluir el mérito y la virtud. “La idea de un héroe es incompatible con la idea de un hombre sin justicia, sin probidad y sin grandeza de alma”¹⁰. Con respecto a la religión, en ausencia de una verdadera fe, la madre le recomendará el decoro externo como lo más conveniente.

Àvis d'une Mere à sa Fille marca una diferencia con la obra precedente. Mme de Lambert es consciente de que la situación de la mujer no es la misma que la del hombre, y si bien podemos resaltar en la autora rasgos de un feminismo moderado, su respeto por las conveniencias sociales condiciona un nivel diferente de posibilidades para ambos sexos. Entre la indignación por el desigual trato otorgado a las mujeres y la prudencia por no transgredir aquellas normas que pueden excluirlas de la sociedad se mueven las reflexiones de la autora, que más adelante veremos desarrolladas en *Nouvelles réflexions sur les femmes*.

Si en el caso del hijo la queja de la insuficiencia de la educación se refería a los aspectos mundanos, con respecto a la formación de las jóvenes, la marquesa es mucho más contundente, denunciando la injusticia de su abandono: “Desde siempre se ha descuidado la educación de las chicas, no hay atención más que para los hombres, y como si las mujeres fueran una especie aparte, se las abandona a sí mismas, sin recursos, sin pensar que ellas componen la mitad del mundo”¹¹. No obstante, esta reivindicación responde tan sólo, como hemos dicho, a un feminismo moderado. Resalta la importancia de su formación tanto para la buena marcha del hogar como para la educación de los hijos. El respeto exterior a las formas debe estar unido a la verdadera virtud. La religión constituirá un apoyo para su logro, pues los placeres del mundo son engañosos; debemos encontrar nuestra fuerza en nuestro interior, “la ver-

¹⁰ *Àvis d'une Mère à son Fils* en *Oeuvres de Mme la Marquise de Lambert, suivies de ses Lettres à plusieurs personnages célèbres*. Édition Complete. Paris, Léopold Collin, 1808, págs. 2 y 5.

¹¹ *Àvis d'une Mère à sa Fille*, en *Oeuvres...*, op.cit., pag. 51.

dadera felicidad está en la paz del alma, en la razón, en el cumplimiento de nuestros deberes”¹². Con lucidez, pero sin ánimo rebelde, constata que, a diferencia del varón, la verdadera gloria de la mujer consiste en prescindir de ella, consagrarse al pudor y la modestia; se les asigna a las mujeres el cometido de complacer, pero ello debe estar basado no en la belleza o la frivolidad, sino en el verdadero mérito, uniendo las gracias a la virtud. Una *honnête femme* comparte las exigencias masculinas de la amistad, la fidelidad, el respeto al deber, pero el deseo de agradar no debe hacerla sucumbir al mero placer de los hombres, cosa que arruinaría su reputación: una docilidad excesiva no es conveniente. No es conveniente dejarse llevar por la imaginación y los sentimientos que desbocan el corazón, ni entregarse a los placeres, ni a los espectáculos y diversiones mundanos. Una lectura, una obra, una conversación constituyen, la mayor parte de las veces, el camino hacia placeres más depurados y convenientes al espíritu. La moderación debe ser la norma de conducta. La curiosidad es el comienzo del conocimiento que nos encamina por medio de la instrucción hacia la verdad. Esta formación debe incluir el acercamiento a ciencias sólidas, la historia, la moral, algo de filosofía, el conocimiento del latín. Sin embargo el conocimiento de otras lenguas, la poesía o la literatura pueden ser peligrosas, pues incrementan la ilusión del amor, más que fortalecen el corazón. Será mejor que la joven se encamine no tanto a las ciencias abstractas, como a la adquisición de conocimientos útiles. En todos los sentidos debemos guiarnos por la razón que nos descubre la verdad y el verdadero valor de las cosas. No hay mayor ciencia que la de saber ser, la soledad, la delicadeza, la prudencia, la bondad, la justicia, el cuidado de los otros son los caminos hacia la felicidad. La *politesse* es un suplemento de la virtud.

Otra obra suya es su *Traité de l'amitié*. Inspirada en los tratados clásicos, sobre todo se percibe la influencia de Cicerón, Séneca

¹² *op.cit.*, pag. 55.

y Montaigne. No encontramos en ella la menor apuesta por lo que en el pensamiento feminista se ha denominado *sororidad*. Para Mme de Lambert no existe la amistad entre las mujeres; encarece, no obstante, la amistad entre personas de distinto sexo, pero no como base del entendimiento entre los esposos, sino como la relación tierna y equipotente de la cual fue muestra la mantenida con personajes como Fontenelle, Montesquieu, d'Argenson... Valoremos en este sentido el avance que representa en el camino hacia una igualdad intelectual y afectiva entre los sexos, que sustituye los esquemas de la pasión por los de la razón.

En el *Traité sur la vieillesse*, Mme de Lambert vuelve a reiterar la idea del descuido no sólo en la instrucción de las mujeres, sino en obras para su formación. Así, constatando que el *De senectute* de Cicerón está orientado a los varones, intenta paliar este hueco con una obra que sirva de guía a su sexo para adentrarse en la edad avanzada. Nace, pues, este pequeño tratado con la denuncia de una desigualdad y un abandono secular. La vida no consiste en un espacio de tiempo, sino en el uso que de ella hacemos. Es necesario modificar la concepción de la vejez como un mal, para observarla desde el punto de vista del cumplimiento de un plan de vida. Si el paso del tiempo es igual de duro para ambos sexos, para las mujeres, más inclinadas al culto a la belleza y a la galantería, puede tener un plus de sufrimiento; pero, si nos hemos ejercitado en la virtud, el camino será más fácil. Desde el respeto y la decencia podemos prepararnos para una vejez feliz, alejada de las frivolidades de la mundanidad y de las pasiones del corazón, en un sentido ético que recuerda la concepción estoica. La religión, la atención a los demás y las compensaciones de la amistad, constituyen verdaderos sustentos.

En *Réflexions sur le goût*, la autora se enfrenta a uno de los temas frecuentes en la reflexión a partir del S. XVIII. Sin duda, y dada la estrecha amistad que los unía, podemos afirmar la recíproca influencia con Montesquieu en su *Essai sur le goût*. El gusto se entiende como la armonía entre la razón y el *esprit*, o entre éste

último y los sentimientos, que, movidos por las cosas sensibles, nos conducen al juicio adecuado sobre lo agradable. Como veremos más adelante, al comentar *Réflexions nouvelles sur les femmes*, a las mujeres se les otorga una cierta primacía en el gusto, dado que una sociedad guiada por éste se considera deseable; ello implica subrepticamente la conveniencia de un mayor protagonismo cultural femenino.

Textos cercanos a este análisis del *bel esprit* son *Discours sur la delicatessen d'esprit* y *Discours sur la différence qu'il y a de la reputation à la considération*. La delicadeza nos descubre la belleza y nos hace sensibles a miles de encantos que se alejan de lo vulgar. La consideración es el logro de toda una vida, la reputación puede obedecer a un azar puntual.

Otras obras son: *La femme Hermite*, *Réflexions sur les richesses*, *Psiché en Grèce*, *Portraits de diverses personnes*, *Dialogue entre Alexandre et Diogène*. *Sur l'égalité des biens*, *Discours sur le sentiment d'une damme* y sus abundantísimas *Lettres*.

Réflexions nouvelles sur les femmes

Es la obra en la que, con mayor detenimiento, analiza la situación de las mujeres. Para la autora, aceptando una opinión compartida, éstas habrían recibido de la naturaleza grandes cualidades como son la imaginación, la sensibilidad y el gusto; es necesario desarrollarlas con justedad, lo que redundará tanto en el bien de las propias mujeres como en el de la sociedad misma. Su buen uso regirá su natural inclinación al amor, separando el placer de lo que podemos denominar vicio. Ello se enmarca en un gran proyecto que la autora denomina *Metafísica del amor*, la cual, alejada de elucubraciones excesivamente teóricas, se centra más bien en consideraciones prácticas y morales.

Heredera del preciosismo, pero a suficiente distancia de sus primeras representantes, Mme de Lambert critica la negativa valoración social con que se recibe su legado. Ciertamente, el adjetivo

“preciosa” adquirió pronto un tono peyorativo, si era utilizado por los hombres, baste recordar el retrato cruel de las comedias de Molière: *Las preciosas ridículas* (1659) y *Las mujeres sabias* (1672). Hecho que denuncia Mme de Lambert y al que adjudica la causa de que, frente a la vergüenza que pretende cernirse sobre las mujeres que desarrollan actividades intelectuales, éstas se abandonen a los placeres frívolos. Es la fuerza, y no el derecho natural, dirá la autora, el que hace que los hombres usurpen la autoridad sobre las mujeres; negándoles el acceso al saber, las condenan a la necesidad. A la vez que se lucha contra estos prejuicios, las mujeres deben hacer de la virtud y las buenas costumbres y modales (*les bienséances*) el reducto desde el que defender su dignidad y derechos.

La noción de *bienséances*, es, como hemos señalado antes, algo mucho más amplio de lo que podemos intuir en su traducción como “buenos modales”; se trata de la plasmación de todo un estilo de comportamiento, marca de la nueva aristocracia, guiado por las convenciones y el saber estar en sociedad, desenvuelto, prudente y respetuoso a la vez, estrategia para granjearse una reputación mundana, donde se prima el gusto y la exquisitez¹³.

Privadas de otras posibilidades, a las mujeres únicamente les queda para triunfar la belleza y la virtud. Dado que la primera es frágil y perecedera, deberán aplicarse al desarrollo de la segunda. El pudor no sólo preserva la virtud, sino que se convierte en un acicate para el amor, acentuando los encantos al ocultarlos en una suerte de refinada coquetería.

¹³ Un pormenorizado análisis de sus características lo encontramos en la ya citada e imprescindible obra de Benedetta Craveri *La cultura de la conversación*, op. cit., págs. 19, 293 y ss, y 481, donde se relaciona con otros conceptos afines como son la *politesse* y la *honnêteté*. Altamente esclarecedor resulta el fragmento, citado por la autora, de Lord Chesterfield a su hijo: “Las *bienséances* constituyen un componente esencial de la ciencia del mundo. Consisten en el modo de situarse en relación con las personas, las cosas, el tiempo y el lugar; el sentido común las señala, la buena compañía las perfecciona (siempre con el presupuesto de la atención y el deseo de gustar) y la buena estrategia las aconseja”, *The letters of Philip Dormer Stanhope 4th Earl of Chesterfield*, edición a cargo de Bonamy Dubrée, 6 vols., Eyre and Spottiswoode, Londres 1932, vol. IV, págs. 1705-1751), op. cit., pág. 481.

La marquesa constata el doble código de las *bienséances*, pues para adecuarse a éstas, en la mujer, resultan igualmente inconvenientes tanto los sentimientos como el *esprit* (entendido en este caso como uso de la inteligencia)¹⁴. Denuncia la tiranía de los hombres, pues pretenden extender sus derechos sobre las mujeres hasta el punto de anularlas. Sin duda muy *avant la lettre* de los análisis que realizaría la psicología varios siglos más tarde sobre el carácter femenino, su fina perspicacia psicológica avanza lo que más tarde conceptualizaríamos como neurotización, doble vínculo o proceso esquizoide: “Le divorce que nous faisons avec nous-mêmes, est la source de tous nos égarements”. En el ejercicio de la inteligencia, la formación, las lecturas, la soledad, encuentra Mme de Lambert el fundamento necesario para conocer el real “precio” de las cosas, frenar los impulsos del corazón y de la imaginación, asentar solidamente las normas adecuadas de conducta.

Frente a esta absurda negación de una vida intelectual a las mujeres recuerda el prestigio de los salones –ahora ridiculizados– donde se podía “hablar y pensar, donde las Musas estaban en sociedad con las Gracias. Allí se iba a tomar lecciones de *politesse* y delicadeza: las más grandes Princesas se honraban del comercio con las gentes del *esprit*”. Casos paradigmáticos de la cultura de las más grandes damas anteriores y coetáneas los tenemos en las figuras de Ana de Austria, Anne-Marie-Louise d’Orleans o Cristina de Suecia y en la correspondencia de Isabel de Bohemia con Descartes o en Sofía Carolina, mujer de Federico I de Prusia, protectora de Leibniz.

¹⁴ El término *esprit* es otro de los conceptos polisémicos característicos de la época, que según el contexto habremos de entender por inteligencia, mente, espíritu o ingenio. En cualquier caso conlleva el sentido de elevación y distinción intelectual e intangible. Constantemente usado durante el S. XVII, fue objeto también de reflexión en múltiples obras; recordemos, por ejemplo, la amplia clasificación de sus sentidos realizada por La Rochefoucauld en “De la différence des esprits”, incluido en sus *Máximas*. Según el autor, su significado varía según el adjetivo que lo acompañe; así, podemos hablar de: *bel esprit*, *esprit adroit*, *bon esprit*, *esprit enjoué*, *esprit moqueur*, *esprit de raillerie*, *esprit fin*, *esprit de finesse*...

La autora hace referencia explícita al salón de Mme de Rambouillet, que desde 1613 recibía regularmente en su casa; posteriormente la “Estancia Azul” fue el centro de la vida cultural, donde aristócratas y literatos se unían en veladas a las que, entre otras diversiones, se otorgaba especial relevancia a las representaciones teatrales –allí actuaron Montdory o Molière– y se rendía culto al género más despreciado por los *savants*: la novela, recuperando el ideal caballeresco con las lecturas del *Amadís*, *Orlando furioso* o las obras de Chrétien de Troyes. El poeta Malherbe era uno de los habituales. Pero todo ese esplendor es, en el momento en el que la marquesa escribe, agua pasada; lo que fue honrado el siglo anterior, constata, sería ridículo en el nuestro, y ahora lamenta que la cultura en las grandes casas sea muchas veces sustituida por la ostentación. No obstante su pesimismo, su propio salón y otros tan célebres continuarán a lo largo del XVIII la mejor tradición inaugurada por el preciosismo, ampliando la gama de temas a las artes, la filosofía y la ciencia.

¿Qué derecho tienen los hombres, se preguntará, a impedirnos el estudio de las ciencias y de las bellas artes? No les faltan cualidades a las mujeres para ello, aducirá repasando las más sobresalientes. En este sentido hace referencia, sin citar al autor, a la idea tan extendida de que el gusto y la perfección del lenguaje son atributos femeninos.

La importancia concedida a las mujeres en el arte de la conversación se enmarca en la transición de lo antiguo a lo moderno, el paso de una cultura clásica regida por los *savants*, cuya lengua era el latín, a otra mundana en la que se busca otorgar dignidad literaria al francés. Para ello la carencia en las damas de una formación clásica, unida a la sutileza del lenguaje practicado en los salones, convertirá esta falta en cualidad innovadora, generando todo un estilo y una gama de circunloquios y metáforas que configurarán una nueva forma de entender el lenguaje y la escritura. No obstante, los defensores de la retórica como saber eminentemente erudito –y masculino– contraatacaron prontamente lo que no

dudaron en calificar de jerga pretenciosa¹⁵, en un intento, perdurable a través de los siglos, de reducir el ejercicio del lenguaje en las mujeres a un parloteo insustancial. En cualquier caso, más allá de barrocos alambicamientos, no cabe duda de que en ese momento, como constata Vaugélas, las mujeres deciden el uso de la lengua. Esta natural predisposición y su ejercicio exigente hace reclamar a la marquesa, no sólo su uso, sino un desarrollo literario, como de hecho lo prueba la amplia producción femenina.

La noción de “gusto” y la reflexión en torno a él, es –ya lo hemos apuntado más atrás– otra de las constantes de la época; así, encontramos teorizaciones al respecto en Mlle de Scudéry, el caballero de Méré, La Rochefoucauld, Montesquieu, Saint-Évremond, Bouhours..., entre otros. En un primer momento se entiende como un atinado movimiento del espíritu, que nos encamina hacia una correcta elección anterior al juicio: es un atributo natural y de distinción que formará parte de la *honnêteté* mundana. Conforme los salones comenzaron a incluir actividades artísticas, el concepto completa su talante social, incorporando el contenido estético que posteriormente lo caracterizará. Es curioso constatar cómo el análisis filosófico del término obvia muchas veces el origen precioso de su gestación¹⁶.

Para Mme de Lambert el gusto es algo natural, individual, no universalizable, ni sujeto a los criterios de la razón; depende primordialmente de un sentimiento delicado del corazón y de la jus-

¹⁵ Recordemos, por ejemplo, la sátira de Furetière, donde se describe la pugna de la princesa Retórica y el ministro Bon Sens frente al soberano del País de la Galantería, el Príncipe Galimatías, y toda la concurrencia de Hipérboles, Alegorías, Metáforas, Antítesis, Equívocos... Frente a todas las múltiples descalificaciones, bueno será constatar que ya Margarita de Valois propugnaba la necesidad para las mujeres “de saber hablar si queremos ser iguales a los hombres” o el tratado *Nouvelles observations sur la langue française*, publicado en 1668 por Marguerite Buffet. Véase, con respecto a los giros y metáforas del lenguaje precioso: Oliva Blanco, “La “querelle féministe” en el siglo XVII”, *op. cit.*, págs. 75-77.

¹⁶ El tratamiento filosófico del término durante el siglo XVIII se centró primordialmente en si éste se constituía como racional o sensible, universal o individual, segura facultad o mera apreciación arbitraria, dándose lugar a todas las respuestas desde posturas platónicas, sensualistas, naturalistas, empiristas, etc. Remitimos a los estudios al respecto de Shaftesbury, Hutcheson, Kant o Feijoo, por sólo citar algunos de los más relevantes.

tedad del espíritu. “La justesse de goût juge de ce qui s’appelle agrément, sentiment, bienséance, délicatesse, ou fleur d’esprit, si on ose parler ainsi, qui fait sentir dans chaque chose la mesure qu’il faut garder”. Esta fusión de *esprit* y sentimientos le sirve a la autora para responder a todos aquéllos que acusan a las mujeres de tener menos desarrollado el *esprit*, que consiste en la consideración de los objetos; si bien las mujeres se mueven de forma natural más por los sentimientos, en modo alguno éstos deben considerarse como contrarios a la inteligencia, pues nos inclinan hacia los objetos de manera más vívida y nos impulsan a la acción. La existencia de una naturaleza femenina es aquí, en un claro precedente del feminismo de la diferencia, reivindicado como una grandeza propia que, si bien comporta una forma diversa de acercarse a las cosas, no establece ninguna limitación intelectual. Se convierte, pues, la diferencia en un acto de afirmación legítima.

La sensibilidad será otra de las cualidades femeninas ensalzadas. Retomando el ideal cortés o avanzando el romanticismo –según se mire–, pero en cualquier caso, inscribiéndose, aún sin saberlo, en una genealogía femenina, de Lambert afirmará que un solo sentimiento, un solo movimiento del corazón tiene más crédito sobre el alma que todas las sentencias de los filósofos. Aún cuando el término creo que está utilizado en un sentido amplio –los filósofos a lo largo de la historia y no únicamente los *philosophes* ilustrados– no podemos dejar de notar aquí la diferencia de lo que hemos denominado filosofía femenina del XVII-XVIII. La sensibilidad socorre al *esprit* y sirve a la virtud: he aquí sus avales. Existe una superioridad del espíritu cuyas armas son la sensibilidad y la imaginación, y establecer su dignidad es un primer paso de afirmación personal como género.

Tras estas consideraciones, constatando las cualidades poseídas por las mujeres, de Lambert retoma con más fuerza la crítica al poco cultivo que de ellas se les permite. Cabe resaltar que, frente a la excelencia de la mujer ensalzada en la *Querelle* renacentista por sus defensores y defensoras, nuestra autora no ha pretendido ningún tipo de sublimidad, sino que se ha mantenido

en una línea más moderada y realista. Buscando una mayor igualdad entre los sexos, simplemente parte de la consideración de una naturaleza femenina para apuntar cuáles son sus características específicas; ello promueve una visión del mundo propia para la que se exige el reconocimiento, y desde la que se reclama el derecho a su desarrollo y a la instrucción. Así denunciará cómo a las mujeres se les niega el desenvolvimiento de todas sus disposiciones naturales, comenzando por la educación, no se les posibilita ningún alimento para su espíritu, como si su único cometido en esta vida fuera el de complacer, ser agradables a nuestros ojos. Implícita queda en esta denuncia lo que siglos más tarde se conceptualizará como la negación de toda autonomía, la reclusión genérica en la heteronomía, pues son otros los que marcan su destino, diseñan el ideal al que deben ajustarse, un ideal pensado por y para la complacencia de los varones. Sólo un aspecto se les reconoce como propio y aún ello de una forma paradójica: se las forma para el amor, pero se les obstaculiza el desarrollo espiritual que ello requeriría, se les exige un cierto *esprit*, no intelectual sino delicado, pero a la vez éste debe quedar oculto, bloqueado, sin producir nada. La única gloria que les estaría permitida, la del alma, la de las producciones del espíritu, también les es negada. De una forma explícita se encara a los hombres espetándoles: ¿qué queréis de nosotras?, si nos deseáis estimables, de espíritu amable y corazón recto, permitidnos el uso de las cosas que perfeccionan la razón. Esta lúcida recriminación recuerda aquellos versos de Sor Juana Inés de la Cruz que comienzan diciendo: “Hombres necios que acusáis/ a la mujer sin razón/ sin ver que sois la ocasión/ de lo mismo que culpáis”... para concluir: “Queredlas cual las hacéis/o hacerlas cual las buscáis”. La ausencia de instrucción impide un desarrollo sólido del espíritu. Censurada su formación intelectual, exclusivamente parece quedarles el terreno del corazón; pero, si éste ha de desarrollarse hacia la virtud, requiere también de cultivo, porque de otro modo el exceso de la imaginación las lleva a la frivolidad, terreno en el que a la postre sólo cosechan el desprecio de aquéllos ante los que sucumben.

La autora pretende desenredar este equívoco de la condición femenina destinada al placer analizando la confusión entre cualidades estimables y agradables. Las primeras representan un valor real e intrínseco de las cosas, y por ello generan nuestra estima. Las segundas serían subjetivas, según la percepción del receptor. Las cualidades exteriores no son estimables por sí mismas. “¿Será posible que el corazón pueda no depender de las leyes de la justicia, y que no sea alimentado más que por las del placer?”. Es necesario buscar y valorar el verdadero mérito, pues “la belleza sin mérito y sin espíritu es insípida”.

Mme de Lambert critica la misoginia reinante, cuando desde un falso moralismo se acusa a las mujeres de su siglo afirmando que nunca fueron tan faltas de comedimiento, ni tan alejadas de la verdadera pureza del corazón. En primer lugar, ello es falso, pues cada época hace buena a la anterior, idealizando el pasado. Pero, por otro lado, repone indignada, ¿desde qué pureza, con qué derechos podrían los hombres hablar así de la otra mitad de la especie? Y si aún concordamos en la presente corrupción de las costumbres, ello es fruto de ambos sexos, y ninguno puede reprochar nada al otro. Los hombres pierden la *politesse*, la dulzura y la delicadeza que se cultivaba en el trato con las mujeres; éstas, alejadas de ellos, reducen su afán de complacer y su modestia. El deseo de unos y el pudor de las otras deben conjugarse en una forma de amor que enaltezca las almas; éste debe ser el criterio de las personas *honnêtes*¹⁷.

La autora hace referencia a *Clélie* como preámbulo a su exposición sobre las características que debe poseer el amor. La novela escrita por Mlle de Scudéry, cuya tercera parte se publicó en 1658, puso de moda las *questions d'amour* en los salones, en los que se debatían con toda sutilidad la dimensión de este sentimiento, su forma adecuada de plasmación, su relación con los celos, el odio,

¹⁷ Mantengo su uso en francés, pues sería equívoco traducirlo en español por “honestas”, dado que la honestidad connota un sentido meramente ético en general y de pudor en la mujer. *L'honnêteté*, como ya hemos apuntado antes, en el siglo XVIII comporta además un significado social y estético.

la fidelidad... Los contertulios debían hacer gala de todo su ingenio y destrezas mundanas en el lenguaje. El *Mapa de amor* diseñado en *Clélie* representa toda una cartografía sentimental de los caminos hacia la ternura y el nuevo concepto de amistad, que las preciosas acuñan desde un platonismo femenino y equipotente.

Para Mme de Lambert el amor es la más dulce de las ilusiones; y, frente a todas las escuelas que se han aplicado al desarrollo del espíritu, reclama una atención igual para el cultivo del corazón. Su reivindicación constituye una apuesta por lo que hoy denominaríamos “inteligencia emocional”. Acude la autora a Platón y a los Antiguos, teniendo quizás en la mente a Séneca o Plutarco; en el primer caso, para rescatar la sublimidad y, en el segundo, la virtud del sentimiento amoroso. A continuación pasa a analizar la conducta de las mujeres en el amor. Las hay que no buscan en éste más que el placer de los sentidos y se vuelcan en la pasión, con lo que pierden la virtud —entendida ésta como el pudor y la reputación, pero también como el conjunto de todas las virtudes—, despreciando la unión de los corazones. Existen otras mujeres que se abandonan a los placeres del amor, pero saben conservar los principios del honor, reteniendo sus impulsos engrandecen la pujanza de su sentimiento. Finalmente, las hay para las que lo importante es la unión de los corazones: en esta unión encontramos un placer más sutil y delicado, más pleno que aquel que pueden ofrecer los sentidos. Recuerda la autora la exaltación del amor cortés que lleva hacia la superación.

El ideal que propone es el de la perfecta amistad. Curiosamente cree —como ya dijimos— que ésta no es posible entre mujeres (de alguna manera la misoginia reinante se cuela de rondón en sus apreciaciones). La amistad entre mujeres y hombres exige un espíritu superior: no se trata de mera camaradería, sino de la delicadeza del amor plasmado en una relación sensible y respetuosa. Exige constantemente un esfuerzo por lograr estadios superiores de fusión, ternura y plenitud. Los hombres, por lo general, tienen una visión vulgar del amor, pocos son capaces de sentirlo con esta exigencia. La culminación del espíritu debe abandonar toda voluptuo-

sidad. La ternura conquistada es la gloria de las mujeres. Esa gloria, que les ha sido negada en otras esferas públicas y que aquí se logra no sólo por el protagonismo del amor, ámbito especialmente femenino, sino por la hegemonía de la visión femenina del amor.

A modo de conclusión

Y con esta última idea retornamos a la línea de interpretación esbozada al comienzo de nuestro estudio.

La verdadera aportación feminista del texto de Mme de Lambert, y de tantas otras preciosas o ilustradas, consiste en develar el talante androcéntrico de las relaciones y de la cultura, denunciar la exclusión de la mujer, la imposición de un uso que las anula, que las condena a la esquizofrenia de dirigirlas a los asuntos del corazón como su ámbito exclusivo, y las reduce a la ignominia social cuando se abandonan a él. Consecuentemente con este análisis, su logro consistirá en la creación de un modelo propio, donde las relaciones amorosas, de amistad y de intercambio intelectual son un camino de igualdad y de excelencia. Y esta aportación, esta actitud crítica, que sistemáticamente ha sido negada por la historia de la filosofía, debe situarse dentro de una genealogía que arranque del amor cortés, pasando por las escritoras renacentistas, cierto cartesianismo, desarrollándose con las preciosas y las ilustradas, que se prolonga en las revolucionarias y, posteriormente, en las sufragistas y en los movimientos feministas. No se trata de diversos momentos de “literatura femenina”, sino de todo un esfuerzo teórico que denuncia la parcialidad de un pensamiento que se proclama universal, estando marcado por los prejuicios androcéntricos. Cuando un saber no incorpora otros puntos de vista, no simplemente ha “olvidado” algo, sino que es falaz, desde sus propios cimientos, en su pretensión de universalidad.

Releamos a todas las mujeres que se han adentrado en la audacia de ser sujeto de discursos, no meros objetos de ellos, y completemos así una visión de la cultura que nos engrandece a todos.

ESCRITOS DE MADAME DE LAMBERT



NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LAS MUJERES POR UNA DAMA DE LA CORTE. PARÍS 1727

Al lector¹.

Un autor antiguo decía que los pensamientos eran los paseos del espíritu. Yo creo haber tenido el privilegio de pasear de esta manera. Las ideas se me han ofrecido con bastante naturalidad y poco a poco me han llevado más lejos de lo que debía y quería. He aquí el camino que me han hecho realizar. Me ha dado lástima que los hombres conozcan tan poco su interés y condenen a las mujeres que saben tener ocupado su espíritu. Los inconvenientes de una vida frívola y disipada, los peligros de un corazón que no está sostenido por ningún principio también me han llamado siempre la atención. He examinado si no se podía obtener un mejor partido de las mujeres; he encontrado autores respetables que han creído que ellas tenían en sí cualidades que las podían conducir a grandes cosas, como la imaginación, la sensibilidad, el gusto, presentes que han recibido de la naturaleza. He reflexionado sobre cada una de estas cualidades. Cómo la sensibilidad las domina y las lleva de forma natural al amor, he investigado si no se

¹ Se ha respetado, en general, la puntuación de la autora, aún cuando, según nuestros criterios, puede resultar un tanto peculiar.

las podía salvar de los inconvenientes de esta pasión, separando el placer de lo que se denomina vicio. Así, he imaginado una Metafísica del amor: ¡que la practique quien pueda!

Nuevas reflexiones sobre las mujeres

El libro de *Don Quijote*, según un autor español, ha perdido a la monarquía de España, porque el ridículo que ha extendido sobre el valor que esta nación poseía en otro tiempo en un grado tan eminente, ha ablandado y debilitado su coraje².

Molière, en Francia, ha producido el mismo efecto con su Comedia de las *Mujeres Sabias*³. Desde entonces, se ha atribuido casi tanta vergüenza al saber de las mujeres como a los vicios que les están más prohibidos. Cuando se han visto atacadas por inocentes diversiones, han comprendido que, vergüenza por vergüenza, había que escoger la que les proporcionara ventaja y se han dedicado a los placeres.

El desorden se ha acrecentado con el ejemplo y ha quedado autorizado por las mujeres relevantes, pues la licencia y la impunidad son los privilegios de la grandeza: así nos lo ha enseñado Alejandro. Un día le dijeron que su hermana amaba a un joven, que su intriga era pública y que ella se respetaba poco: *Hay que dejarle su parte de realeza*, dijo él, *que es la libertad y la impunidad* [...].*

² En los primeros salones se ensalzaban los ideales heroicos plasmados en las novelas de caballería. Tenemos constancia de que en el Palacio de Rambouillet se leían las obras de Chrétien de Troyes o el *Amadís*. No es de extrañar, pues, que la obra de Cervantes, con su intención paródica del género, no fuera del agrado de Mme de Lambert.

³ Molière había publicado, en 1672, sus *Femmes savantes*, donde parece tomar como modelo para su caricatura a Madame de La Sablière y su salón, aún a pesar de haber sido su huésped.

* [...] “que por doquier se atreve a todo. Maquiavelo”. (Nota escrita a mano en la edición de *Reflexions nouvelles sur les femmes, par une Dame de la Cour*, Paris, Chez François le Breton, M.DCC.XXVII, de la Bibliothèque National, París; ésta es la edición utilizada para la presente traducción y estudio).

¿La sociedad ha ganado con este cambio en el gusto de las mujeres? Han colocado el desenfreno en el lugar del saber; lo precioso que tanto se les ha reprochado lo han sustituido por la indecencia. De esta manera, se han degradado y han perdido su dignidad, pues sólo la virtud les asegura su lugar y sólo las buenas costumbres⁴ les garantizan sus derechos. Pero, cuanto más han querido parecerse a los hombres en esto, más se han envilecido.

Los hombres, por la fuerza más que por el derecho natural, han usurpado la autoridad sobre las mujeres; éstas no consiguen el dominio más que por la belleza y por la virtud: si pueden unir ambas cosas, su imperio será más absoluto; sin embargo, el reino de la belleza es poco perdurable. Corta tiranía, se la llama; les otorga el poder de hacer desgraciados a los hombres, pero no deben abusar de ello.

El reino de la virtud es para toda la vida: es potestad de las cosas estimables acrecentar su valor por su duración y complacer por el grado de perfección que tienen, siempre que no causen placer meramente por el encanto de la novedad. Es preciso pensar que hay poco tiempo para ser bella y mucho para no serlo ya; que cuando las gracias abandonan a las mujeres, sólo pueden sustentarse en lo esencial y en las cualidades estimables. Tal vez esperan unir una juventud voluptuosa y una vejez honorable. No obstante, una vez inmolado el pudor, no retorna ya como en los mejores años; es el pudor quien trabaja en su verdadero interés, aumenta su belleza, es su flor, sirve de excusa a la fealdad; es el encanto de los ojos, la atracción de los corazones, la garantía de las virtudes, la unión y paz de las familias.

Pero, si bien el pudor es una seguridad para las costumbres, también es el aguijón de los deseos; el amor sin él no comportaría

⁴ El término utilizado por la autora es *bienséances*, que por su amplitud semántica, expuesta en la introducción, traduciremos habitualmente por “buenas costumbres”, “buenos modales” y, en algún caso, “decencia” o “decoro”.

gloria ni gusto⁵; con él se consiguen las conquistas más lisonjeras; y otorga valor a los favores. El pudor, en fin, es tan necesario para los placeres que hay que conservarlo en los tiempos destinados a perderlo; es también una coquetería refinada, una especie de puja que las personas bellas ponen a sus atractivos y una manera delicada de aumentar sus encantos ocultándolos. Lo que hurtan a los ojos les es devuelto por la liberalidad de la imaginación. Plutarco⁶ dice que había un templo dedicado a la Venus velada. *No se puede, dice él, envolver a esta diosa con demasiadas sombras, oscuridades y misterios*. Pero, en el presente, la indecencia ha llegado al punto de no querer ya velo para sus debilidades.

Las mujeres podrían decir: ¡qué tiranía la de los hombres! Ellos quieren que no hagamos uso alguno de nuestro espíritu ni de nuestros sentimientos. ¿No les basta regular todo el impulso de nuestro corazón, sin secuestrar además nuestra inteligencia? Quieren que las buenas maneras queden tan heridas cuando adornamos nuestro espíritu como cuando entregamos nuestro corazón. Eso es llevar demasiado lejos sus derechos.

Los hombres tienen un gran interés en recluir a las mujeres en sí mismas y en sus deberes primarios. El divorcio con respecto a nosotras mismas es la fuente de todos nuestros extravíos. Cuando

⁵ “Gloria” y “gusto” deben entenderse en el sentido que la cultura mundana les otorga. Hemos señalado cómo la gloria, a la que pueden aspirar hombres y mujeres, es diferente: en unos prevalece el reconocimiento social, mientras que en las otras se acentúa la virtud, (recuérdese el diverso tratamiento en *Àvis de una Mère à son fils* y en *Àvis d’une Mère à sa fille*). Aquí debemos entenderlo por “mérito”, que es la noción que enlaza a ambos. “Gusto”, como también hemos desarrollado en la introducción, significa “adecuada elección del espíritu”, pues no posee todavía el posterior desarrollo que la Estética dará al término. Las relaciones entre gusto y espíritu dieron lugar a las distinciones más alambicadas, como muestra el aforismo de La Rochefoucauld: “Hay personas que tienen más espíritu que gusto, y otras que tienen más gusto que espíritu; pero hay más variedad y capricho en el gusto que en el espíritu” (La Rochefoucauld, “Des goûts”, en *Réflexions diverses*, X, en *Maximes*, Paris, Garnier, 1967, pág. 201). Entre los primeros teorizadores del término podemos citar a Mlle de Scudéry, al caballero de Méré, a Saint Évremond o a Bouhours; éste último lo incluyó en la lista de las palabras de “moda”.

⁶ Plutarco fue uno de los autores de cabecera de Mme de Lambert; la cuidada traducción que, en 1587, hizo Jacques Amyot de sus *Oeuvres morales* permitió a los no *savants* acceder a dicho autor.

no nos ocupamos de nosotras mismas con criterios sólidos, nos ocupamos de todo. Es en la soledad donde la verdad imparte sus lecciones y donde aprendemos a rebajar el valor de las cosas, que nuestra imaginación nos hace sobreestimar. Cuando sabemos ocuparnos con buenas lecturas, se produce en nosotras, sin que se note, un alimento vital que fluye a las costumbres.

En otro tiempo hubo casas⁷ en las que estaba permitido hablar y pensar, en que las Musas formaban sociedad con las Gracias. Allí se acudía a escuchar lecciones de cortesía y de delicadeza: las más grandes princesas⁸ se honraban del trato con gentes de espíritu.

Madame Henriette de Inglaterra⁹, que había servido de modelo de las Gracias, da el ejemplo. Bajo un rostro sonriente y un aire de juventud que no parecía prometer más que juegos, escondía un gran sentido y un espíritu serio. Cuando se la trataba o se discutía con ella, olvidaba su rango y sólo parecía elevada por su razón. En fin, no se creía avanzar en atractivo y perfección sino en cuanto se sabía haber agradado a esta Madame. Un palacio de Rambouillet¹⁰ tan honrado en el siglo pasado resultaría ridículo en el nuestro. Se salía de sus estancias como de las comidas de Platón, con el alma alimentada y fortalecida. Estos placeres espirituales y delicados nada costaban ni a las costumbres ni a las fortunas, pues los gastos

⁷ *Maisons* se refiere a los primeros salones como los de Madame de Rambouillet, Madame de Longueville, Madame de la Sablière, Madame de Sévigné, Madame de La Fayette...

⁸ Se dice que María Luisa de Gonzaga-Nevers, tras su boda con el rey de Polonia, fue a despedirse de su amiga Madame de Rambouillet, a cuyo salón asistía Charlotte de Montmorency, esposa del príncipe de Condé y conocida como Madame la Princesse, e igualmente Mlle de Montpensier, sobrina de Luis XIII. Cristina de Suecia, en su viaje a Francia conoció los salones más famosos de la época; cabe resaltar su aprecio por Ninon de Lenelos.

⁹ Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans (1644-1670), hija de Carlos I de Inglaterra y Enriqueta de Francia, estuvo casada con Felipe de Orleans, hijo de Luis XIII; su hija María Luisa se casó, en 1679, con el rey de España Carlos II.

¹⁰ Catherine de Vivonne (1588-1665), marquesa de Rambouillet, abrió su salón, también conocido como "Estancia azul", hacia 1618 en la calle Saint-Thomas-du-Louvre. Junto con los bailes, conciertos y juegos de sociedad, allí se rendía especial culto al arte de la conversación, las lecturas y el teatro. Allí, por ejemplo, fueron invitados Montdory y Molière; Corneille sometió al juicio de los huéspedes su *Polyeucte*. Entre otros muchos, también la más selecta nobleza frecuentó el salón: Vincent Voiture, Malherbe, Jean Chapelain, Vaugelas...

del espíritu jamás han arruinado a nadie. Los días transcurrían en la inocencia y la paz. En la actualidad, en cambio, ¡qué no es preciso hacer para emplear el tiempo y pasar una jornada entretenida! ¡Qué cantidad de placeres se suceden unos a otros! La mesa, el juego, los espectáculos. Cuando el crédito consiste en el lujo y en el dinero, el verdadero honor pierde el suyo.

Ya no se buscan sino las casas en las que reina un vergonzoso lujo. Pensad que cuando saludáis al dueño de la casa a quien honráis, a menudo estáis saludando la injusticia y el hurto. Su mesa, decís, es delicada y el gusto reina en su casa. Todo es refinado, todo es ordenado, excepto el alma del dueño. Él olvida, decís, lo que es: ¡Cómo no iba a olvidarlo si lo olvidáis vosotros mismos! Sois vosotros quienes corréis la cortina del olvido y del orgullo ante sus ojos. He ahí los inconvenientes para los dos sexos a que conduce el alejamiento de las letras y del saber, pues las Musas han sido siempre el asilo de las costumbres.

Las mujeres no pueden decirles a los hombres: ¿Qué derecho tenéis para prohibirnos el estudio de las ciencias¹¹ y de las bellas artes? ¿Las que se han dedicado a ello no han conseguido tener éxito en lo sublime y lo agradable? Si las poesías de algunas damas tuvieran el mérito de la antigüedad, las consideraríais con la misma admiración que las obras de los antiguos, a quienes sí hacéis justicia.

Un autor muy respetable concede al sexo todos los atractivos de la imaginación. *Lo que pertenece al gusto, dice, es de su incumbencia y ellas son los jueces de la perfección de la lengua*¹². La ventaja no es mediocre.

¹¹ En consonancia con esta reivindicación, los salones irán asumiendo progresivamente el interés por las ciencias, como lo demuestran los de Mme le Sablière y Mme Châtelet, ésta última traductora de Newton.

¹² Tal es la opinión de Vaugelas, Claude Favre, barón de Pérouges (1585-1650), en sus *Remarques sur la langue française* (1647); para su redacción, según se dice, frecuentó el Palacio de Rambouillet, documento vivo en el buen uso de la lengua. Vaugelas fue miembro fundador de la Académie française y director del *Grand Dictionnaire de l'Académie*.

Y, ¿qué no se debe a los atractivos de la imaginación? Ella es la que hace a los poetas y a los oradores; nada gusta tanto como esas imaginaciones vivas, delicadas, llenas de ideas risueñas: si unís la fuerza al atractivo, ellas dominan, apremian al alma y la entusiasman, pues ciertamente cedemos más ante el atractivo que ante la verdad. La imaginación es la fuente y la guardiana de nuestros placeres. Sólo a ella se debe la agradable ilusión de las pasiones. Siempre de acuerdo con el corazón, sabe proporcionarle todas las añagazas que necesita; también tiene poder sobre el tiempo, trae a la memoria los placeres pasados y nos permite gozar con antelación de todos los que el futuro nos promete; nos concede esas alegrías serias que no hacen reír más que al espíritu; toda el alma está en ella y, desde el momento en que se amortigua, desaparecen los encantos de la vida.

Entre las prerrogativas que se conceden a las mujeres, se pretende que tengan un gusto refinado para juzgar las cosas atractivas. Muchas personas han definido el gusto. Una dama¹³ de profunda erudición ha pretendido que el gusto es una armonía, una concordia del espíritu y la razón y que se tiene en mayor o menor grado según esa armonía está más o menos afinada¹⁴. Otra persona ha pretendido que el gusto es una unión del sentimiento y del espíritu; y que uno y otro, de acuerdo, forman lo que se denomina juicio. Lo que lleva a pensar que el gusto se atiene más al sentimiento

¹³ *Madame Dacier (nota en el texto original de la edición citada). Anne Dacier (1651-1720), helenista, realizó traducciones de Anacreonte y Safo (1681), de Plauto y Aristófanes (1683-84), Terencio (1688), *La Ilíada* (1699), *La Odisea* (1708)... Tuvo un gran protagonismo en la "Querelle des Anciens et des Modernes" en su polémica con La Motte. Tras la publicación de su traducción de la *Ilíada* (1699), La Motte publicó otra traducción en verso. (Recordemos que ambos eran asiduos del salón de Mme de Lambert). El poema se reducía a doce cantos, se eliminaba su supuesta prolijidad y se revisaba de acuerdo con el gusto del Siglo XVIII, haciéndolo "razonable y elegante". Madame Dacier rechazó esta versión en *Les causes du corruption du goût* (París, 1714). La Motte le replicó en sus *Reflexions sur la critique* (París, 1714). En ese mismo año, Fénelon, en su carta sobre las actividades de la Academia Francesa, defendió a los antiguos. La disputa se prolongó y, en 1716, el jesuita Hardouin publicó una apología de Homero, propugnando un nuevo modelo de interpretar *La Ilíada* y Madame Dacier lo atacó en *Homère defendu contre l'apologie du Père Hardouin ou suite des causes de la corruption du goût* (París, 1716).

¹⁴ M. Dacier, *Les causes du corruption du goût* (París, 1714).

que al espíritu es que no se puede dar razón de los propios gustos porque no se sabe por qué se siente; pero siempre se da razón de las propias opiniones y conocimientos. No hay ninguna relación, ninguna ligazón necesaria entre los gustos; no ocurre lo mismo con las verdades. Yo creo que puedo atraer a toda persona inteligente a mi opinión. Pero jamás estoy segura de atraer a una persona sensible a mi gusto: no tengo ningún encanto para atraerla. En los gustos nada responde a una lógica única: todo proviene de la disposición de los órganos y de la relación entre éstos y los objetos. Sin embargo, hay una justedad del gusto, como hay una afinación del sentido. La justedad del gusto juzga sobre lo que se denomina encanto, sentimiento, buenas maneras, delicadeza o frescura de espíritu –si se puede hablar así–, que permite sentir en cada cosa la medida que es preciso guardar. Pero, como no se puede dar una regla segura para esto, no es posible convencer a quienes cometen faltas. Si su sentimiento no se lo advierte, no podéis instruirlos. Por lo demás, el gusto tiene por objeto cosas tan delicadas y tan imperceptibles que se escapa a las reglas. Es la naturaleza quien lo da, no se adquiere. El gusto tiene una gran amplitud; infunde finura en el espíritu y permite percibir de manera viva y rápida, sin que le cueste nada a la razón, todo lo que hay que ver en cada cosa. Eso es lo que quiere decir Montaigne cuando asegura que las mujeres tienen un *esprit plein-sautier*. En el corazón, el gusto otorga sentimientos delicados; en el trato mundano, una cierta cortesía atenta, que nos enseña a tratar con tino el amor propio de aquellos con quienes vivimos. Creo que el gusto depende de dos cosas: de un sentimiento muy delicado en el corazón y de una gran finura en el espíritu. Hay que reconocer, pues, que los hombres no conocen la grandeza del presente que les procuran a las damas cuando les adjudican el espíritu del gusto.

Quienes atacan a las mujeres han pretendido que la acción del espíritu que consiste en considerar un objeto era mucho menos perfecta en éstas porque el sentimiento que las domina las distrae y las arrastra. La atención es necesaria; hace que nazca la luz, por decirlo así; acerca las ideas del espíritu y las pone al alcance de la

mano; sin embargo, en las mujeres, las ideas se ofrecen ellas mismas, se ordenan más por el sentimiento que por la reflexión: la naturaleza razona por ellas y les ahorra todos los costes. No creo, pues, que el sentimiento perjudique al entendimiento; proporciona nuevas agudezas, que iluminan de forma que las ideas se presentan más vivas, más limpias y más desenmarañadas; y como prueba de lo que digo, son elocuentes todas las pasiones: nos dirigimos con tanta seguridad a la verdad por la fuerza y el calor de los sentimientos como por la amplitud y la justedad de los razonamientos; y con ellos siempre llegamos a la meta en cuestión más rápidamente que con los conocimientos. La persuasión del corazón está por encima de la del espíritu, pues a menudo nuestra conducta depende de aquél: la naturaleza ha dejado en manos de nuestra imaginación y de nuestro corazón la conducta de nuestras acciones y de sus movimientos.

La sensibilidad es una disposición del alma que resulta provechoso encontrar en los demás. No podéis tener ni humanidad ni generosidad sin sensibilidad. Un solo sentimiento, un solo movimiento del corazón tiene más crédito para el alma que todas las sentencias de los filósofos: la sensibilidad socorre al espíritu y sirve a la virtud. Se ha convenido que los atractivos se encuentran en las personas de este carácter; las gracias vivas y repentinas, de que habla Plutarco, no son más que para ellas. Una dama que ha sido un modelo de encantos sirve de prueba de lo que digo. Un día se le preguntó a un hombre de espíritu qué pensaba ella en su retiro. Jamás ha pensado, respondió, no ha hecho más que sentir. Quienes la han conocido convienen en que era la persona más seductora del mundo y que los gustos, o más bien las pasiones, se adueñaban de su imaginación y de su razón, de manera que sus gustos siempre eran justificados por su razón y respetados por sus amigos: ninguno de cuantos la han conocido se ha atrevido a condenarla más que al dejar de verla porque jamás se equivocaba en sus preferencias. Esto prueba que nada es tan absoluto como la superioridad del espíritu, que proviene de la sensibilidad y de la fuerza de la imaginación, pues la persuasión siempre las sigue.

Las mujeres, por lo general, no deben nada al arte. ¿Por qué considerar mal que tengan un espíritu que nada les cuesta? Echamos a perder todas las disposiciones que les ha dado la naturaleza: empezamos por descuidar su educación: no ocupamos su espíritu con nada sólido y el corazón lo aprovecha; las destinamos a agradar y no nos atraen más que por sus gracias o sus vicios; parece que no estén hechas sino para ser un espectáculo agradable a nuestra vista. No sueñan más que con cultivar sus atractivos y fácilmente se dejan arrastrar por la inclinación de la naturaleza; no se resisten a los gustos que no creen haber recibido de la naturaleza y no los combaten.

Pero lo singular es que formándolas para el amor, les prohibimos hacer uso del mismo. Habría que tomar partido: si no las destinamos más que para agradar, no les prohibamos el uso de sus atractivos; si las queréis razonables y espirituales, no las abandonéis cuando no tienen más que este tipo de mérito; en cambio les exigimos una mezcla y un cuidado de esas cualidades que resulta difícil de conseguir y llevar a una justa medida. Queremos que tengan espíritu, pero para ocultarlo, frenarlo e impedirle que produzca algo: éste no podría emprender el vuelo, si inmediatamente no lo reclama eso que se llama decencia. Se les niega la gloria, que es el alma y sostén de todas las producciones del espíritu. Se niega a su espíritu todo objeto y toda esperanza; se le rebaja y, si puedo servirme de los términos de Platón, se le cortan las alas. Resulta sorprendente que aún les quede espíritu.

Las mujeres tienen una gran autoridad, según dice Saint-Evremond¹⁵. Cuando éste ha querido ofrecer un modelo de perfección, no lo ha situado en los hombres. *Creo, dice, menos imposible*

¹⁵ Saint-Evremond (Charles de Marguetel de Saint-Denis de), moralista y crítico francés (Coutances, ca. 1615 – Londres 1703). Además de sus *Lettres*, entre sus obras podemos destacar: *Observations sur Salluste et Tacite, Réflexions sur la tragédie et la comédie, Discours sur les belles-lettres, Réflexions sur l'usage de la vie, Réflexions sur les divers génies du peuple romain, Parallèle de Turenne et de Condé...* Tras una buena carrera militar y la publicación anónima de su obra *Comédie des académistes* (1650) tuvo que exiliarse a Londres por sus escritos contra Mazarin. Sus escritos, de carácter libertino, se difundieron por Inglaterra y Francia; defendía una moral natural, basada en un epicureísmo comedido. [N.T.]

encontrar entre las mujeres la sana razón de los hombres, que encontrar en ellos los encantos de las mujeres. Haciéndome portavoz de todo el sexo femenino, pregunto a los hombres: ¿Qué pretendéis de nosotras? Todos deseáis uniros a personas estimables, de espíritu amable y corazón sincero. Permitidles, entonces, el uso de las cosas que perfeccionan la razón. ¿No queréis más que las gracias que favorecen los placeres? Pues no os quejéis si las mujeres amplían un poco el uso de sus encantos.

Sin embargo, para darles a las cosas el rango y el valor que merecen, distingamos las cualidades estimables y las agradables. Las estimables son reales e intrínsecas a las cosas y, por las leyes de la justicia, tienen un derecho natural sobre nuestra estima. Las cualidades agradables que estremecen al alma y producen tan dulces impresiones, no son en absoluto reales ni propias del objeto; se deben a la disposición de nuestros órganos y a la potencia de nuestra imaginación. Eso es tan cierto como que un mismo objeto no produce las mismas impresiones en todos los hombres y que, a menudo, nuestros sentimientos cambian, sin que haya cambiado nada en el objeto.

Las cualidades exteriores no pueden ser amables por sí mismas; no lo son más que por las disposiciones que encuentran en nosotros. El amor no se merece en absoluto, escapa a las más grandes cualidades. ¿Sería, pues, posible que el corazón pudiera no depender de las leyes de la justicia y que no se sometiera más que a las del placer? Cuando los hombres quieren, reunirán todas estas cualidades y en encontrarán con mujeres tan amables como respetables. Cuando las degradan, les quitan su felicidad y su placer. Pero, con la manera en la que ellas actúan, las costumbres han perdido infinitamente y los placeres no han ganado.

Todo el mundo conviene en que es necesario que las mujeres se hagan estimar, pero ¿no tenemos necesidad más que de estima? y ¿no nos faltará ya nada más? Nuestra razón nos dirá que eso debe bastar. Sin embargo, abandonamos fácilmente los derechos de la razón por los del corazón. Es preciso tomar la naturaleza como es;

las cualidades estimables no agradan más que en cuanto pueden sernos útiles; las amables, en cambio, también nos son necesarias para tener ocupado nuestro corazón. Pues tenemos tanta necesidad de amar como de estimar; admirar también produce cansancio, si lo que se admira no está hecho también para agradar. No es suficiente que ese sexo nos agrade, parece que esté obligado a emocionarnos; el mérito no está reñido con las gracias: sólo él tiene derecho a fijarlas, pues sin él son ligeras y fugitivas. Además, la virtud jamás ha afectado a nadie; y eso es tan verdad como que la belleza sin mérito y sin espíritu es insípida y que el mérito permite perdonar la fealdad.

No pongo el sentimiento amable entre las cualidades exteriores; lo llevo más lejos. Los españoles dicen que la belleza es como los olores, cuyo efecto dura poco: nos acostumbramos a ellos y ya no se sienten. En cambio, en cuanto a las costumbres, un espíritu justo y fino, un corazón sincero y sensible son bellezas encantadoras y siempre nuevas. Actualmente, nuestros placeres son menos delicados, porque nuestras costumbres son menos puras. Examinemos a quién hay que echarle las culpas.

Desde hace tiempo se ataca la conducta de las mujeres; se pretende que nunca han sido tan desordenadas como en el presente y que han desterrado la pureza de su corazón y la decencia de sus costumbres: no sé si se tiene o no razón. En cambio, podría decir que ha mucho que se denuncian las mismas cosas, que un siglo puede ser justificado por otro; y, para salvar el presente, no debo sino remitirlos al pasado. Las costumbres se parecen en todos los tiempos, pero se muestran bajo formas diferentes; como el uso sólo tiene prerrogativas sobre las cosas exteriores y no se extiende en absoluto a los sentimientos, no se dirige a la naturaleza, no suprime las necesidades del corazón y las pasiones son siempre las mismas.

¿Los hombres han conseguido, por la pureza de sus costumbres, el derecho de atacar las de las mujeres? En verdad, los dos sexos no tienen nada que reprocharse. Contribuyen por igual a la corrupción de su siglo. Con todo, hay que convenir que las maneras han cambiado. La galantería ha sido desterrada y nadie ha ganado con ello: los hombres se han separado de las mujeres y han

perdido la cortesía¹⁶, la dulzura y esa fina delicadeza que no se adquiere sino con su trato; también las mujeres, teniendo menos trato con los hombres, han perdido el deseo de agradar mediante las maneras dulces y modestas, que sin embargo era la verdadera fuente de sus encantos.

Aunque la nación francesa haya decaído en cuanto a la antigua galantería, hay que convenir que ninguna otra la había estimulado y depurado tanto. Los hombres han hecho de ella un arte de agradar; y quienes se han ejercitado en ella y la han convertido en un gran hábito, tienen reglas ciertas cuando saben dirigirse a caracteres débiles. Las mujeres se han dado reglas para resistirse: como en Francia disfrutaban de una gran libertad y no están amparadas más que por su pudor y las buenas costumbres, han sabido oponer su deber a los impulsos del amor. El trato delicado, que pule el espíritu y depura el corazón, se forma con los deseos y propósitos de los hombres y con el pudor y moderación de las mujeres, pues el amor perfecciona las almas bien nacidas. Es preciso convenir que sólo la nación francesa ha conseguido un arte delicado del amor.

Los españoles y los italianos lo han ignorado; como las mujeres están allí casi encerradas, los hombres no se aplican más que a vencer los obstáculos exteriores y, cuando los han superado, ya no encuentran otros en la persona amada; ahora bien, el amor que se ofrece no es apenas excitante. Parece que sea obra de la naturaleza y no del amante. En Francia, se sabe hacer un mejor uso del tiempo. Como el corazón participa en ello y, a menudo, incluso entre personas honestas¹⁷, no se tiene trato más que con él, es con-

¹⁶ El término utilizado en el texto original es *politesse*, que parece apropiado traducir en español por “cortesía”; no obstante, debemos tener en cuenta que con ello ocultamos la evolución de su sentido semántico y social en francés. La *politesse* configura un buen uso social de los modales, generado en los salones y opuesto a la *courtoisie*, que, inventada por los trovadores, quedaba relegada a un modelo más anticuado y aristocrático.

¹⁸ *Les honnêtes personnes*. El término “*honnêteté*”, concepto clave del siglo XVII francés, tiene un sentido ético y estético a la vez (véase Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003, págs. 19, 408 y 495). Así, podemos definirlo como “el arte de vivir noblemente en el ocio y en la esfera privada”. En este sentido lo entendía, por ejemplo, el caballero de Méré en su *De la vraie honnêteté*.

siderado como la fuente de todos los placeres; todas nuestras novelas, tan llenas de espíritu y tan depuradas –desconocidas por las naciones a que me he referido– se deben también a los sentimientos. Un español, al leer las conversaciones de Clelia¹⁸, dijo *eso es un espíritu mal empleado*. Si no se sabe más que hacer un uso del amor, la novela resulta corta: suprimiendo la galantería pasáis por encima de la delicadeza del espíritu y de los sentimientos. Las españolas son vivas y arrebatadas: están acostumbradas a los sentidos y no al corazón: pero los sentimientos se fortalecen con la resistencia y adquieren nuevos grados de delicadeza. La pasión se extingue en cuanto queda satisfecha; y el amor sin temor y sin deseos carece de alma.

El amor es el primer placer, la más dulce y la más adulatora de todas las ilusiones. Y como este sentimiento es tan necesario para la felicidad humana, no hay que desterrarlo de la sociedad; sólo debemos aprender a guiarlo y a perfeccionarlo. Si se han establecido tantas escuelas para cultivar el espíritu, ¿por qué no tenerlas también para cultivar el corazón? Es un arte que ha sido descuidado. Sin embargo, las pasiones son cuerdas que necesitan la mano de un gran maestro para ser tocadas. ¿Nos olvidamos de quien sabe poner en movimientos los resortes del alma porque existe algo más vivo y más fuerte?

El amor no estaba desacreditado entre los antiguos como lo está en el presente. ¿Por qué lo despreciamos y no le otorgamos toda su dignidad? Platón tiene un gran respeto por este sentimiento; cuando habla de él, su imaginación se enardece, su espíritu se ilumina y su estilo resulta más bello; cuando habla de un hombre

¹⁸ *Clélie, histoire romaine* (1654-1661), novela en diez volúmenes, que incluye la famosa *Carte à Tendre*, fue escrita por Madeleine de Scudéry (1607-1701), reputada novelista de la sociedad mundana que, tras frecuentar el palacio de Rambouillet, abre su propio salón, en el que reúne a las gentes de letras; creó la moda de los retratos literarios. Otras obras suyas son: *Les femmes illustres ou les Harangues héroïques* (1642), *Artamène ou le Gran Cyrus* (1649-1653), *Conversations* (1589), *Entretiens de morale* (1692)...

enamorado, dice, *este amante, cuya persona es sagrada* etc. Llama a los amantes amigos divinos e inspirados por los dioses¹⁹.

Los antiguos no creían que el placer tuviera que ser el primer objeto del amor. Estaban persuadidos de que la virtud debía ser su sostén²⁰. Nosotros hemos desterrado las costumbres y la probidad: esa es la fuente de todas las desgracias. Actualmente, la mayoría de hombres creen que las promesas dictadas por el amor no obligan a nada. La moral y el reconocimiento no protegen a los sentidos contra los incentivos de la novedad. La mayoría aman por capricho y cambian por temperamento.

Lo que a menudo hace sufrir el amor no enseña a prescindir de él, sino sólo a deplorarlo. Veamos qué podemos hacer al respecto. Examinemos la conducta de las mujeres en el amor y sus diferentes caracteres.

Existen muchos tipos de conducta. Hay mujeres que no buscan ni quieren sino los placeres del amor. Otras unen el amor y los placeres; y otras que aceptan el amor y rehúsan todos los placeres. Trataré ligeramente el primer carácter. Éstas buscan en el amor los placeres de los sentidos, el de verse muy ocupadas y atraídas, el de ser amadas; en fin, aman el amor, no al amante: estas personas se abandonan a todas las pasiones más ardientes. Las veis ocupadas en el juego, en la mesa: todo lo que lleva el signo del placer es bien recibido.

Siempre me ha asombrado que se pudieran asociar al amor otras pasiones, que, dejando su corazón vacío y después de haberlo dado todo, no se estuviera únicamente ocupado en aquello que

¹⁹ El carácter divino del amor, en cuanto inspirado por los dioses y conducente a la elevación del espíritu, es una constante en el *Banquete* de Platón; así, por ejemplo, en el sentido que lo expresa Mme de Lambert podemos citar el siguiente párrafo: "...el que ama tiene un no se qué de más divino... porque en su alma existe un dios" (*El Banquete*, trad. esp. en Platón, *Diálogos*, México, Porrúa, 2000. pag. 356).

²⁰ Referencia a las corrientes epicúreas y estoicas tan gratas a Mme de Lambert. Así, también, recordemos, por ejemplo, cómo Plutarco (*De Iside et Osiride*, cap. 53) manifiesta que el amor es una aspiración hacia la Pura Forma del Bien.

se ama. Generalmente las personas de este carácter pierden todas las virtudes al perder la inocencia y, una vez inmolada su gloria, ya no se reservan nada. A Madame ****, se le reprochaba que violara todas las leyes del decoro. *Quiero gozar*, decía ella, *de la pérdida de mi reputación*. Las que siguen máximas semejantes rechazan las virtudes de su sexo; las consideran como una costumbre social, de la que pretenden escapar. Algunas creen que basta guardar algunas apariencias para satisfacer sus obligaciones y ocultar sus debilidades. Sin embargo, es peligroso creer que lo ignorado sea inocente. Rechazan los principios para eludir los remordimientos y apelan al decreto de todos los hombres. Pasan toda su vida de debilidad en debilidad y jamás sienten.

En cuanto una mujer destierra de su corazón este honor tierno y delicado, que debe ser la regla de su vida, temblad por las demás virtudes. ¿Qué privilegio tendrán para ser respetadas? ¿Se les debe más que a su propio honor? Esos caracteres no son nunca amables. En ellas no encontráis ni pudor, ni delicadeza; hacen de la galantería un hábito; no saben unir la cualidad de amiga a la de amante. Como no buscan más que los placeres y no la unión de los corazones, huyen de todos los deberes de la amistad. Ese es el amor al uso del presente, al que les conduce una vida frívola y disipada.

Existe otra suerte de mujeres galantes, que se abandonan al placer de amar, que han sabido conservar los principios del honor, que jamás han menospreciado las buenas costumbres y se respetan, sin embargo la violencia de la pasión las arrastra. Hay algunas de ellas que no consienten sus debilidades y oponen resistencia, pero al final el amor es más fuerte. He conocido a una mujer de mucho espíritu, a la que hacía a veces pequeños reproches por su propio interés. “¿No habéis sentido jamás, me decía ella, la fuerza del amor? Yo me siento atada, agarrada, arrastrada: es culpa del amor, no mía”. Montaigne nos describe su estado de ánimo, cuando se sentía así conmovido. Quien habla es un filósofo: *Me sentía*, dice él, *arrebataado, completamente vivo y clarividente. Veía cómo mi razón y mi conciencia se retiraban, se quedaban a un lado; y el fuego de mi imaginación me transportaba fuera de mí*

*mismo*²¹. Siempre he creído que no hay persona honesta que no deba temer encontrarse en este estado.

Hay mujeres que tienen otra suerte de afección. No se les puede llamar galantes; sin embargo están presas del amor por los sentimientos: son sensibles y tiernas, reciben la impresión de las pasiones. Pero, como respetan las virtudes de su sexo, rechazan los considerables compromisos. La naturaleza las ha hecho para amar. Los principios frenan los movimientos de la naturaleza. Ahora bien, como la costumbre no tiene prerrogativas más que sobre la conducta y nada puede sobre el corazón, cuanto más se refrenan sus sentimientos, más fuertes resultan.

Los sentimientos de las mujeres galantes no son ni vivos, ni duraderos; se desgastan como los de los hombres, al hacer uso de ellos. Bien pronto se encuentra el final de un sentimiento, en cuanto se permite todo. El hábito de los placeres los hace desaparecer. Los placeres de los sentidos se alimentan siempre de la sensibilidad de los corazones; y lo que se resta de ellos, retorna a los placeres de la ternura.

Ahora bien, si queréis encontrar una imaginación ardiente, un alma profundamente ocupada, un corazón sensible y conmovido, buscadlo entre las mujeres de un carácter razonable. Si no encontráis felicidad y reposo más que en la unión de los corazones; si sois sensibles al placer de ser amados ardientemente; si queréis gozar de todas las delicadezas del amor, de sus impacencias y de sus movimientos tan puros y dulces, convenceos de que no lo encontraréis más que en las personas moderadas y que se respetan.

Además, ¿no sentís necesidad de estimar lo que amáis? ¡Cuánta paz produce eso en el trato! En cuanto se ha sabido persuadiros de que se os ama, y veis sin ninguna duda que sólo a la virtud se sacrifican los deseos del corazón, ¿no establece eso la confianza en todo lo demás? *Los rechazos de la castidad*, dice Montaigne, *jamás desagradan*.

²¹ Véase Montaigne, *Essais*, chapitre XXI, "De la force de l'imagination".

Los hombres no conocen sus intereses cuando buscan ganar el espíritu y el corazón de las personas a las que aman. Hay un placer más subyugador y duradero que la atadura de los sentidos: la unión de los corazones, esa tendencia secreta que os lleva hacia lo que amáis, ese desahogo del alma, esa certeza de que hay en el mundo una persona que no vive más que para vosotros y que haría de todo para salvaros de una pena.

El amor, dice Platón, es motor de grandes cosas; os conduce por el camino de la virtud y no os permitirá ninguna debilidad. Esa es la marca del verdadero amor. En Lacedemonia, cuando un hombre había incurrido en una falta, no era castigado él, sino la persona que le amaba; se la creía culpable de las faltas de la persona amada. Sabían que el amor del que yo hablo es el soporte más seguro de la virtud. Todos los ejemplos lo confirman. ¡Cuántos amantes han pretendido combatir ante sus dueñas y han hecho cosas increíbles! Ese es el motivo por el que las personas honestas se permiten amar: saben que atándose a un hombre de mérito, serán sostenidas y conducidas por el camino de la virtud, por los principios y preceptos. Las mujeres, entre ellas, no pueden gozar del dulce placer de la amistad. Lo que las une son las necesidades, no los sentimientos: la mayoría no conoce la amistad, ni son dignas de ella.

Hay un gusto en la perfecta amistad, que no pueden alcanzar los caracteres mediocres. Las mujeres no pueden dejar de sentir su corazón. ¿Qué hacer de ese caudal de sentimiento, de esa necesidad que se tiene de amar y de ser amadas? Los hombres se aprovechan de ello, pero nada hay tan precioso ni duradero como esta especie de amor, si se le ha asociado la virtud. Introduce la decencia en los pensamientos, en la conducta y en los sentimientos. Tasso²² nos da un modelo de delicadeza en la persona de Olindo; dice* que este amante desea mucho, espera poco y no exige nada. Este amor puede bastarse a sí mismo: es su propia recompensa.

²² Torquato Tasso (1544-1595), autor de *La Gerusalemme liberata*, donde se narra el amor de Olindo por Sofronia y el trágico final de ambos.

* *Brama assai, poco spera, nulla chiede*. Cant. II (nota en la edición original).

La mayoría de hombres no aman sino de una manera vulgar. No tienen más que un objetivo. Se proponen una meta en el amor, que esperan alcanzar: tras muchos misterios, no encuentran reposo más que en los placeres. Siempre me sorprende que no se quiera refinar el sentimiento más delicioso que tenemos. Lo que se llama culminación del amor es bien poca cosa. Para un corazón tierno hay que tener una ambición más elevada: llevar nuestros sentimientos y los de la persona amada al último grado de delicadeza y hacerlos cada día más tiernos, más vivos y más plenos. Según como se conduce, el amor muere con los deseos y desaparece cuando ya no queda esperanza. Lo más conmovedor es ignorado. La ternura habitual se debilita y se apaga. En el amor no hay nada limitado sino para las almas limitadas; sin embargo, pocos hombres tienen idea de estos compromisos y pocas mujeres son dignas de ellos.

El amor actúa según las disposiciones con que se encuentra. Adquiere el carácter de las personas en las que se asienta. En los corazones sensibles a la gloria y a los placeres, el amor pone de acuerdo estos dos sentimientos contrapuestos y contrarios: prepara y depura los placeres para hacer que los reciban las almas nobles y les propone como objetivo la delicadeza del corazón y de los sentimientos. Existe el arte de elevarlos y ennoblecerlos. El amor inspira una altura de espíritu, que los salva de las bajezas de la voluptuosidad. Los justifica con el ejemplo y los deifica con la poesía; en fin, actúa tan bien que hace que los juzguemos dignos de estima o, al menos, de excusa.

Al amor le cuesta más someter estos caracteres nobles. Las personas que tienen en el corazón la gloria sufren con los compromisos: siempre hay una imagen de servidumbre ligada al amor. La ternura prende en la gloria de las mujeres. En las que han sido bien educadas y a las que se les han inspirado principios, los prejuicios se han grabado profundamente. Desplazar semejantes ideas no es cosa de un día. Raramente son felices. Llevadas por el corazón, desgarradas por su gloria²³, uno de estos sentimientos no subsiste más que a

²³ Recuérdese que se está hablando de la "gloria" de las mujeres, que consiste en el reconocimiento por la virtud que se espera de ellas.

expensas del otro. Eso sucede siempre en ellas y, generalmente, son las conquistas más amables. Sentís el esfuerzo y la resistencia que el deber opone a su ternura. Un amante goza del placer secreto de sentir todo su poder. La conquista es mayor y más plena; ellas tienen más que perder, vosotros les costáis más.

Siempre hay una cierta crueldad en el amor. Los placeres del amante no se logran más que a expensas de los dolores de la amante. El amor se nutre de lágrimas.

Lo que hace estos caracteres más amables es que hay más seguridad. Una vez que ellas se han comprometido, es de por vida, a menos que los malos procederes no las liberen. Hacen de su amor un deber; lo respetan; son fieles y delicadas; no faltan en nada. El sentimiento de gloria que las invade se vuelve en provecho del amor, pues con él son más tiernas, más vivas y más aplicadas. Una amante amable y que tenga la gloria en su corazón no sueña más que en hacerse estimar y el amor la perfecciona. Hay que convenir que las mujeres son más delicadas que los hombres en el afecto: sólo ellas son capaces de hacer sentir todo un sentimiento por medio de una sola palabra, de una sola mirada. Los inconvenientes de los caracteres orgullosos proceden de que son absolutos y fáciles de agraviar. Como ellas tienen conciencia de su valor, exigen más.

Los caracteres sensibles y melancólicos encuentran lágrimas y encantos infinitos en el amor y los hacen sentir. Hay placeres particulares de las almas tiernas y delicadas. Quienes han vivido de la vida del amor saben cuán exultante era su vida: cuando les falta ya no viven. El amor produce todos los bienes y todos los males: perfecciona las almas bien nacidas, porque el amor del que yo hablo es un censor severo y delicado, que no perdona nada. Los caracteres melancólicos son más propicios a él. Quien dice enamorado, dice triste; pero sólo al amor le corresponde dar tristezas agradables.

Las personas melancólicas no se dedican más que a un sentimiento, no viven más que para lo que aman. Desocupadas de todo, dedican todo su tiempo a amar. ¿Son suficientes todas las horas para dedicarlas a lo que se ama?

Para conocer el valor de este carácter, contraponedle su contrario. Mirad a las mujeres del mundo que se han abandonado al juego, a los placeres y a los espectáculos: ¿qué necesitan para emplear su tiempo? Si son capaces de llegar al final de la jornada sin amar, ¿no es porque se dedican a su gusto principal? No tenemos más que una porción de atención y de sentimiento: en cuanto nos dedicamos los objetos exteriores, el sentimiento dominante se debilita, y ¿no son más vivos y fuertes nuestros deseos, al retirarnos?

Hay placeres que no están hechos más que para las personas delicadas y atentas. El amor es un dios celoso, que no soporta ninguna rivalidad. La mayoría de las mujeres toman el amor como una diversión; se prestan a él y no se entregan a él: no conocen esos sentimientos profundos, que tienen ocupada el alma de una tierna amante.

Mademoiselle de Scudéry dice *que la medida del mérito se obtiene de la amplitud del corazón y de la capacidad que se tiene de amar*²⁴. Con semejante regla, el mérito de las mujeres actuales será ligero.

En fin, las que están destinadas a vivir una vida de sentimiento, sienten que el amor es más necesario para la vida del espíritu que los alimentos para la del cuerpo. Con todo, el amor no sabría ser feliz si no estuviera regulado. Cuando no nos cuesta ni virtud, ni decencia, disfrutamos de una dicha ininterrumpida. Nuestros sentimientos son profundos, nuestras alegrías puras, nuestras esperanzas halagadoras, la imaginación agradablemente satisfecha, el corazón vivamente ocupado y el corazón emocionado. Hay, en esta clase de amor, placeres sin dolor y una especie de inmensidad de felicidad, que borra todas las desdichas y los hace desaparecer. El amor es al alma lo que la luz a los ojos: aleja las penas, como la luz disuelve las tinieblas. Madame de ***

²⁴ Como ya hemos señalado, Mlle de Scudéry, con su *Carte de Tendre*, logró teorizar el ideal de amor platónico, la amistad pura, reivindicada por las que se han denominado preciosas “prudes”; frente a ellas tendríamos a las preciosas “coquetas” que, ejemplificadas en Ninon de Lenclos, abogaban por el culto del placer.

decía que los días hermosos que ofrece el sol no eran más que para el pueblo; en cambio, la presencia de lo que se amaba era lo que hacía los días felices de las gentes honestas²⁵. Los destinados a una vida tan feliz están en el mundo como si no estuvieran, pues sólo lo están a ratos. No les interesa más que lo que sienten. Nada les llena sino el amor.

El espíritu que el amor da es vivo y luminoso: es la fuente de los encantos. Nada que no haya pasado por el corazón puede agradar al espíritu.

Es fácil hacer ver a quienes han sido tocados por el amor la diferencia de éste con respecto a los demás placeres. La mayoría de los placeres, para ser sentidos, necesitan la presencia del objeto. La música, la buena mesa, los espectáculos..., es preciso que estos placeres estén presentes para producir sus impresiones, para atraer la atención del alma hacia ellos. Tenemos en nosotros una disposición a gustar de ellos, pero están fuera de nosotros, viene de fuera. No ocurre lo mismo con el amor: está en nosotros, es una porción de nosotros mismos, no depende sólo del objeto, pues lo gozamos sin él. Esa alegría del alma que da la certeza de ser amada; esos sentimientos tiernos y profundos; esa emoción viva y conmovedora del corazón que os dan la idea y el nombre de la persona que amáis; todos esos placeres están en nosotros y dependen de nuestro sentimiento. Cuando vuestro corazón está muy conmovido y estáis segura de ser amada, todos vuestros mayores placeres se encuentran en vuestro amor y podéis ser feliz por medio de vuestro sentimiento y unir la feliz y la inocencia.

Fin

²⁵ honnêtes gens.

Aprobación

Por orden de Monseigneur le Garde des Sceaux, he leído un manuscrito titulado *Reflexions nouvelles sur les Femmes, par une Dame de la Cour*. No he encontrado nada que impida su impresión. En París, 16 de Noviembre de 1727.

Lancelot.

Privilegio del Rey

Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra: A nuestros amados y leales Consejeros, los presidentes de nuestras Cortes del Parlamento, los relatores del Consejo de Estado de nuestro palacio, gran Consejo, Preboste de París, Magistrados, Senadores, lugartenientes civiles y nuestros demás Justicias: salud.

Nuestro bien amado Le Breton, librero de París, habiéndonos hecho llegar la súplica de concederle nuestras cartas de permiso para la impresión de una obra que tiene por título *Reflexions nouvelles sur les Femmes, par une Dame de la Cour*; ofreciéndose a tal efecto a imprimirlo en papel bueno y bellos caracteres, siguiendo la hoja impresa y adjunta como modelo autenticado por la presente: le hemos permitido por la presente imprimir dicha obra, antes especificada, conjunta o separadamente, y tantas veces como le parezca, en papel y caracteres conformes a dicha hoja impresa y adjunta como modelo autenticado, y venderlo por todo nuestro reino durante tres años consecutivos, a contar desde el día de la fecha de la presente. Prohibimos a todos los libreros, impresores y demás personas de cualquier categoría y condición introducir ninguna impresión extranjera en ningún lugar de nuestra obediencia; a partir de los tres meses que la presente quede registrada en el Registro de la Comunidad de Libreros e Impresores de París, la impresión de esta obra se hará en nuestro reino y en cualquier parte y el solicitante se adecuará en todo a los reglamentos de la librería y especialmente al del 10 de Abril de 1725; antes de ponerlo a la venta, el manuscrito o la impresión que haya servido para

imprimir la obra será remitido en el mismo estado en que haya establecido la autorización a nuestro muy querido y leal Chevalier Garde des Sceaux de Francia, el sr. Chauvelin, quien inmediatamente remitirá dos ejemplares a nuestra Biblioteca pública, uno a nuestro Castillo del Louvre y otro a la de nuestro muy querido y leal Chevalier Garde des Sceaux de Francia, el sr. Chauvelin ...

Firmado Foubert

Registrado en el Registro VII de la Cámara Real de los Librero e Impresores de París, nº 18, fol. 18, conforme a los antiguos Reglamentos, confirmados por el del 28 de Febrero de 1723. En París, a dos de Diciembre de 1727.

Brunet, síndico.



E

REFLEXIONES SOBRE EL GUSTO

Todo el mundo habla del gusto; es sabido que el espíritu del gusto está por encima de los demás, por eso se experimenta la necesidad de tenerlo; sin embargo, nada hay menos conocido que el gusto. Una dama de profunda erudición ha pretendido que es una armonía, un acuerdo entre el espíritu y la razón y que se posee en mayor o menor grado según esa armonía sea más precisa. Otras personas han creído que el gusto es una unión del sentimiento y del espíritu; que el sentimiento, advertido por los objetos sensibles, se relaciona con el espíritu (pues todo habla al espíritu) y que uno y otro, de común acuerdo, forman el juicio. El hecho de que no se puede dar razón del propio gusto por no saber por qué se experimenta es lo que lleva a creer que el gusto depende más del sentimiento que del espíritu; en cambio, siempre se da razón de los conocimientos.

El gusto es el primer movimiento y una especie de instinto que nos arrastra y nos guía con más seguridad que todos los razonamientos. No hay ninguna conexión necesaria entre los gustos; no ocurre lo mismo con las verdades. Lo que es seguro es que quien está de acuerdo con mis principios, también lo estará con mis consecuencias. Por tanto, se puede conseguir que una persona inteli-

gente comparta la propia opinión, pero nunca se está seguro de conseguir que comparta el propio gusto: no hay vínculos, ni incentivos para atraerla hacia sí; en los gustos, nada se mantiene, todo proviene de la disposición de los órganos y de la relación entre éstos y los objetos.

Esta opinión está respaldada por Pascal: “Hay un modelo de encanto y de belleza, que consiste en la relación que tenemos con aquello que nos gusta; todo lo formado a partir de este modelo nos da un sentimiento agradable: es lo que se llama gusto. Lo que se ignora es cuál es ese modelo y cómo se conoce”.

Sin embargo, hay una precisión¹ del gusto, como la hay del sentido. La precisión del gusto juzga todo lo concerniente a lo que se denomina agradable, sentimientos, decoro, delicadeza o flores del espíritu (si se me permite hablar así); es un *no sé qué* sabio y hábil, que sabe lo que conviene y hace ver la medida que hay que guardar en cada cosa. De la misma manera que no se puede dar una regla segura para ello, tampoco se puede convencer a quienes no la cumplen; desde el momento en que su sentimiento no les advierte de ello, resulta imposible instruirlos. Además, el gusto tiene por objeto cosas tan delicadas e imperceptibles que escapan a las reglas; es la naturaleza la que las da, no se consiguen; el mundo delicado sólo las perfecciona.

La precisión del sentido tiene por objeto la verdad, que consiste en establecer sus principios, en extraer de estos consecuencias acertadas, en captar las relaciones que hay entre una cosa y otra, sea uniéndolas, sea separándolas. Esa precisión procede del buen sentido y de la recta razón²: por poco que se falle, quienes poseen el sentido preciso lo saben.

Así como en cada cosa no hay más que una sola verdad, y, una vez se capta, ya se ha adquirido lo seguro y fácil, también en cada

¹ *justesse*: precisión o exactitud.

² *droite raison*: recta, sana razón.

cosa no hay más que un buen gusto, sin el cual nada puede agradar en un grado determinado.

El objeto del gusto es lo agradable: la belleza tiene reglas, lo agradable no. Lo bello sin lo agradable no puede dar placer, pues se atiene al gusto; esa es la razón de que lo agradable dé más placer que lo bello pues, al igual que el gusto, es arbitrario y variable. El gusto es ese *no sé qué* que se experimenta y que no se puede expresar, que atrae y une tan íntimamente. El imperio del gusto es muy extenso, pues se refiere a todo.

Hasta hoy se ha definido el buen gusto como *una costumbre establecida por las personas del gran mundo, refinado y espiritual*. Por mi parte, creo que depende de dos cosas: de un sentimiento muy delicado en el corazón y de una gran precisión en el espíritu.



c

DISCURSO SOBRE LA DELICADEZA DE ESPÍRITU Y DE SENTIMIENTO

Es propio del orden de la naturaleza y, tal vez, de la equidad de su economía, dotar sus dones con condiciones proporcionadas a su valor. Honores, riquezas, sentimientos, el reposo mismo: todo tiene su precio y siempre reconocemos que [la naturaleza] nos ha vendido muy caro lo que creíamos haber obtenido por su pura liberalidad.

La delicadeza es, de entre los favores naturales, el que parece más dulce. Esta nos descubre mil bellezas y nos hace sensibles a mil dulzuras, que se salen de lo vulgar: es un microscopio que, durante un tiempo, aumenta lo que resulta imperceptible a los demás; y condimenta todos los placeres. ¿Sería posible que, aún procurándonos tantas ventajas, no fuera deseable?

Sin embargo, es fácil constatar cuántos disgustos causa la delicadeza de espíritu. Raras veces contentos con los demás, jamás contentos con nosotros mismos, con este falso tesoro pasamos nuestra vida con una idea de perfección, que no encontramos en otros y que no se puede atrapar en sí misma, por no hablar de que quien no está contento con los demás, apenas consigue que lleguen a estar contentos con ellos mismos. ¡Qué fuente de disgustos el

amor propio! ¡Cuánta aridez en la sociedad, que continuamente exige aplausos! ¡Cuánto le cuesta a la sinceridad para hacerse soportable! ¡Y cuánto sufre la cortesía por eso!

Sin embargo, estas desgracias no son nada comparadas con las que causa la delicadeza de los sentimientos. ¡Qué fuente de disputas entre dos corazones, que no se sienten igualmente movidos por ella! ¡Qué crimen llega a hacer de una falta de atención o de sinceridad! ¡Cuánto pesar al acusar a la persona amada, cuya inocencia se querría pagar con la propia vida! No se confía en ella misma dejando en sus manos la responsabilidad de su justificación; en secreto se busca excusarla: ¡qué dolor cuando no se consigue! ¡Qué tensión! ¡Qué violencia al esconderle todas esas emociones!

¿Se está forzado a descubrir un mal tan acuciante? ¡Ojalá apareciera desde un punto de vista diferente! Es debilidad, extravagancia: por una parte se multiplican los errores y, por otra, las desgracias. Y tanto da que se apele al tribunal del amor: la única justicia que ahí se encuentra es la que establece las penas más crudas para quien ha gustado los más dulces placeres.



D

CARTA III

La Marquesa de Lambert a la Superiora de la Madeleine de Tresnel, sobre la educación de una joven señorita.

Nuestra amiga, señora, me ruega que le dé consejos para la educación de nuestra pequeña; sin embargo, soy yo quien quisiera recibirlos de vos. Nadie tiene luces más extensas, una razón más segura y una piedad más sólida que vos, señora. En cambio, se cree que una abuela tiene derecho a dar su opinión. Hay que disfrutar, pues, de los privilegios de la edad: nuestros años ya nos quitan bastantes.

Nunca será demasiado pronto para pensar en la educación de la persona pequeña: cada edad exige una atención particular. En los primeros años es cuando se forman en el cerebro rasgos que jamás se borran y las ideas del bien y del mal ocupan su lugar en la imaginación. Resulta sumamente importante, pues, no perturbar su orden natural y dar a los bienes primeros el lugar que deben ocupar. Es preciso darle muy pronto una gran idea de Dios y de la religión, hablándole de manera emotiva. No os convertiréis en maestra espiritual más que haciendo que el corazón se interese: muy feliz si, en el transcurso de su vida, sus sentimientos no tienen por objeto más que a Dios.

Para conseguir que una educación sea útil, es preciso que la persona encargada de la misma se haga respetar, que ofrezca una gran idea de ella. No hay que bromear demasiado con los niños: es bueno tratarlos con seriedad y un poco severamente. También hay que estar en guardia respecto a las gracias de la infancia, pues saben utilizarlas muy ventajosamente para conseguir lo que quieren de nosotros. Esas primeras gracias disimulan bastantes defectos; no hay que dejar que nos seduzcan.

El gran enemigo que tenemos que combatir es el amor propio; nunca será demasiado pronto para tratar de debilitarlo; hay que cuidarse de aumentarlo mediante la alabanza, que es uno de los grandes peligros de la educación: mediante la alabanza ampliáis la idea que tienen de sí mismas, dais armas a su orgullo, les dais una preferencia respecto a sus compañeras y acaban siendo vanidosas, difíciles para la convivencia y dadas a herir; eso forma un carácter poco amable.

Hay que guardarse bien de que se sientan muy queridas y noten el interés que se les dedica. Se acostumbran a creer que han de ser siempre el único objeto de nuestra preocupación: con ello sólo se fortalece su amor propio. Dejadlas actuar: su amor propio mantendrá sus derechos contra vos, por más que os apliquéis a destruirlo. Se puede animar a los niños tímidos mediante la alabanza; en cambio, cuando la persona pequeña es viva y confiada, necesita que se la contenga y se la reprima. No es que yo pretenda desterrar la alabanza, pues es una ayuda para la educación y la virtud; pero hay que saber encontrar su sitio, no concederla por sentimientos, ni forzados por sus encantos, sino por la reflexión. Hay que alabarlas por sus buenas acciones, nunca por sus gracias externas, pues se acostumbran a creer que éstas sirven para todo.

Hay que inculcarles un gran amor a la verdad y enseñarles a practicarla por su cuenta; igualmente hay que inspirarles que no hay nada tan grande como decir francamente *me he equivocado*, así como cuidarse bien de castigarlas por las faltas confesadas.

Hay que infundir en los niños una gran idea del honor y presentarles el deshonor como lo máximo que hay que temer. Hay que entretenerlas con cuentos frívolos, que despierten todas las pasiones tímidas: habría que conservar su temor al deshonor. Que mantengan la estima como el primero de los bienes y el desprecio como el mayor de los males. Si podéis conseguir que sean sensibles a la estima y a la vergüenza por sus faltas, será un gran avance en su educación: la vergüenza les servirá de castigo y la estima de recompensa.

Es muy importante persuadirlas de que la felicidad no va unida más que a las acciones loables. Se les puede dar lo que desean, pero no como recompensa, sino como consecuencia necesaria de las buenas acciones que hayan llevado a cabo. De esa manera se acostumbrarán a creer que lo que desean no se debe más que a las acciones dignas de estima. Si los pequeños presentes que les ofrecéis son para comer, aumentáis en ellas su gusto del placer, que únicamente hay que soportar; si son para su adorno, aumentáis la idea que tienen de las cosas, que hay que enseñarles a despreciar.

A los niños les gusta ser tratados como personas razonables. Hay que mantener en ellos esa especie de orgullo y servirse del mismo como un medio para conducirlos adonde se pretende. Hay que tratarlos con tino y hacerles creer que lo que han hecho es más producto del olvido, que no de una falta.

Es necesario domeñar la voluntad de los niños, hacer que sean dóciles y se pliegan a la autoridad de la razón, enseñarles a no ceder a sus deseos. A veces lloran por testarudez y, no pudiendo hacer lo que desean, con sus lágrimas tratan de conservar el derecho, que se imaginan tener, a hacer lo que desean. Hay que guardarse bien de ceder a los arranques de testarudez. Hay que distinguir en ellos las necesidades naturales de las de su fantasía y no permitirles que exijan más que sus verdaderas necesidades. Lo que confiere fuerza a nuestros deseos es la libertad que nos tomamos para mostrarlos; y el que se permite convertir sus deseos en exigencias no está muy lejos de creer que los otros están obligados

a concederle lo que desea: resulta más fácil soportar las propias negativas que las de los demás. La persona que está a su lado tiene mucho mérito y debe desempeñar el papel de la razón. Cuando, en la juventud, no se tiene la costumbre de someter la propia voluntad a la razón de los demás, a una edad más avanzada resultará muy difícil escuchar y seguir los consejos de la propia razón.

Hay que infundir valor en el espíritu. La firmeza y la insensibilidad del alma es el mejor escudo que se puede oponer contra los males: es el apoyo de las virtudes y la defensa contra los vicios. La sensibilidad del alma es la que alarga las desgracias y las eterniza. Sin coraje es imposible mantenerse firmes en el deber.

Es necesario hacer que los niños sean sensibles a la amistad y al reconocimiento. Hay que trabajar su corazón, pues sin él no tenemos virtudes seguras y duraderas. Es bueno acostumbrarles a tener un espíritu justo y un corazón recto. Inspiradles también la liberalidad y a compartir lo que tienen con sus compañeros. Hay que persuadirlos de que quien da es la que resulta mejor correspondido, pues tiene para sí la gloria, la amistad y el placer de hacerlo.

Los niños se divierten a menudo llevando la contraria: si lo hacen con gracia, causan regocijo. Pero es un talento peligroso. Cuando no se busca imitar lo que es bueno, no hace reír: lo que se pretende es lo ridículo. No les hagáis creer que el encanto consiste en la burla. Nada más fácil que agradar a costa de otro, pues se cuenta con la ayuda y el apoyo de la malignidad de quienes escuchan. Se necesita mucho más ingenio para agradar con la bondad que con la malicia.

Además de las reglas generales para todos los niños, también las hay particulares para cada carácter. Aún con poca dedicación, resulta fácil descubrirlas. Por ejemplo, si la persona pequeña es dócil y zalamera, su carácter es muy útil para ella, pero peligroso para los demás, pues seduce a las personas superficiales, y, ¿quién no lo es? ¿Se hace un esfuerzo para profundizar en los caracteres?

Más bien nos rendimos ante las maneras externas, que disimulan muchos defectos. Las personas que notan que así tienen éxito, no actúan en la sociedad más que con el argot y se eximen de las virtudes sociales y de los sentimientos. Quienes no basan sus relaciones en las maneras, dan pruebas de realismo y se ven en la necesidad de ser verdaderos y sólidos, cosa que los otros rechazan.

Temo que la persona pequeña no tenga predisposición a la *evaporación*³ y a la distracción, que es lo contrario de la modestia. Y, ¿qué hacer con una mujer sin modestia? La timidez debe ser el carácter de las mujeres, pues asegura sus virtudes. La timidez y la modestia son hermanas: se parecen y, a menudo, se toma una por otra. Creo que ya es hora de cuidar seriamente su corrección: está adelantada; esas pequeñas imperfecciones, que no les parece nada a quienes la quieren, son sin embargo semillas de defectos. Sabéis mejor que yo, señora, aquello de un filósofo que, al encontrarse con un niño, le censuró algunos defectos; y el niño le respondió: *Me censuráis por poca cosa*. A lo que él replicó: *Ningún defecto habitual puede ser pequeño*.

Esto que os envió, señora, es muy imperfecto, pero he querido daros el placer de pensar en ello y de difundirlo, así como el derecho a censurarme.

³ *évaporation*, dice literalmente y cabe interpretarlo como ligereza.



DISCURSO SOBRE LA OPINIÓN DE UNA DAMA
que creía que el amor era conveniente a las mujeres, aunque no fueran ya jóvenes.

No atacaré las opiniones de Ismena¹, pues las ha establecido muy delicadamente y demasiado sólidamente como para que las combata; prefiero pensar como ella pues, antes de que ella lo dijera, ya estaba convencida de ello. Defendería, por tanto, muy mal mi causa, ya que tengo algo que perder; su elocuencia no necesitaría dirigirse a mí, ya que estoy medio seducida por ella; por eso quiero proponerle un enemigo más digno de ella; la dejaré en manos del público, para que combata un prejuicio, una opinión admitida en todas las épocas: destruirla será una victoria digna de ella. Yo acepto el mundo tal como es, no como debería ser; hacer que el mundo piense de manera más sana, es tarea suya, pues creo que mi amiga tiene labios tan persuasivos como la amante de Anacreonte.

¹ Ismena, hermana de Antígona, de Eteocles y de Polinice, nacida, como éstas, del incesto de Edipo y Jocasta. En la *Antígona* de Sófocles, al contrario que su hermana, Ismena no se atreve a discrepar de Creonte que prohibía la sepultura de Polinice. [N.T.]

Ismena ha probado perfectamente mi proposición, no la ha debilitado; pero quiere que yo la ponga de manifiesto a mi manera. *La costumbre ha establecido que el amor, que se ha prohibido a las mujeres en todas las épocas, lo está infinitamente más a una edad un poco más avanzada.* La costumbre es más fuerte que yo; no me propongo combatirla; además, tenemos en nuestra contra el consenso de todos los siglos.

¿De qué forma pintan los poetas el amor de las mujeres que han dejado atrás los primeros años? No hay que hacerse ilusiones: la juventud es el tiempo de los amores. En cuanto pasa ese tiempo prescrito, se doblan las penas y disminuyen los placeres. La regla dice que hay que dejar de amar en cuanto se deja de agradar. Me preguntas cuál es ese límite, esa edad marcada. Quienes lo deciden son los hombres: son buenos jueces de lo que gusta y hay que creerles, pues sienten el efecto que les producimos. Sin embargo, nos han impuesto la ley de ser bellas y no nos han dejado otra cosa que hacer. Nos han destinado a ser un espectáculo agradable a sus ojos; y en cuanto no mostramos nada que guste, ya no nos miran ni tenemos sus atenciones.

La juventud tiene grandes ventajas; el público se lo perdona todo y le presenta sus excusas; y esas mismas excusas que le otorga el público, la juventud se las da a sí misma y, a sus ojos, es menos culpable. Una vez pasada la primera juventud, ¿cómo permitirse debilidades en un tiempo consagrado a la razón y en que ésta retoma todos sus derechos? Si eludes tus deberes, no escaparás de tus remordimientos. Tenemos jueces indispensables, ante los que hay que pasar: la conciencia y el mundo. La conciencia, conforme se avanza [en edad], es más instruida y más severa: aumenta en conocimiento y en delicadeza. (Con el término de conciencia me refiero a ese *sentimiento interior de un honor delicado, que no se perdona nada por el mundo*). Ahora bien, cuando una mujer ha perdido su belleza, ya no tiene con qué corromper a sus jueces, que retoman su severidad natural: el mundo ya no te perdona nada, pierdes esas disposiciones favorables, que se tienen

hacia las jóvenes; ya no te está permitido equivocarte y hemos perdido el derecho a cometer errores.

Ismena me dirá: ¿por qué arrastrar al mundo hacia un misterio, en el que éste no debe entrar? Líbrate de él. Y convendrá que, a esa edad, hay que prohibir toda la galantería externa. Saint-Evremont², que es de su misma opinión, dice que, entre la plebe, las ventajas del espíritu se soportan mal frente a las gracias del cuerpo; que hay que huir de eso y no exponer los amores a la vista. Pero, ¿se puede? ¿No se está siempre al descubierto o bajo sospecha? Yo necesito del público, porque es mi juez y porque paso ante él como en un espectáculo. Ismena agradecerá a mucha gente componiendo con ese público y haciéndolo más tratable.

He adelantado que, en la época en que está menos permitido amar, las penas se duplican y los placeres disminuyen. El placer del amor se mantiene gracias a dos sentimientos: los de la persona amada y los nuestros. Yo creo que las mujeres aman con la misma fuerza en la época en que les está prohibido, pero corren el riesgo de amar ellas solas; es una situación triste, pues no pueden disfrutar de la confianza de ser amadas, cuando de esta confianza es de la que surge el gran encanto del amor. Las infidelidades, los sacrificios, de que eres objeto, en fin todos los males del amor te esperan desde el momento en que no sabes detenerte y quieres gozar de ese sentimiento, en un momento en que ya no te está permitido. El corazón, la gloria: todo se resiente. La gloria, que no estaba hecha para ir asociada al amor, produce el mayor encanto, cuando se ve satisfecha, y el mayor dolor, cuando se lamenta.

Ismena ha dejado bien claras las ventajas de amar en una edad, en que la juventud va pasando. Ciertamente, el espíritu está más formado y más adornado para aquéllos a quienes impresiona el espíritu; apenas se da en los jóvenes, por obra y gracia de los sentimientos, que son más delicados y emotivos en la edad de que

² Recuérdese lo dicho sobre Saint-Evremont en la nota 15 del primer texto traducido "Nuevas reflexiones..."

hablamos. Si has cultivado tus sentimientos, el corazón está más instruido; si los has retenido, son más fuertes y más vivos. Ovidio, que es una autoridad en amor, dice que dejamos de amar cuando hemos aprendido; y Saint-Evremond no lo prohíbe en ninguna edad. “En la juventud, dice éste, vivimos para amar; en una edad más avanzada, amamos para vivir”. Pero, los hombres, que siempre han hecho su reparto entre nosotras con desigualdad e injusticia, han extendido sus derechos y recortado los nuestros, pues se permiten los sentimientos en cualquier edad y a nosotras nos los prohíben.

Así, pues, lo cierto es que, por todas las delicadezas que producen el encanto del amor, no hay que buscarlo con las personas jóvenes. Éstas están llenas de sí mismas, ocupadas de su belleza y de su apariencia y entregadas a la frivolidad. El valor del espíritu no aumenta, ni se perfecciona más que por la reflexión; y las personas jóvenes son incapaces de ésta. Como lo ignoran todo y todos los objetos tienen para ellas el encanto de la novedad, corren detrás de todo, convirtiéndose en su gusto principal, pues un sentimiento no puede ser vivo y fuerte, si no es el único; en cuanto se comparte, se debilita.

Cuando una mujer ha superado su primera juventud, lo ha probado todo, ha hecho uso de ese gusto por cosas frívolas y, por la solidez de su carácter, se ha encontrado consigo misma, si permite a su corazón un sentimiento, se ocupará mucho más de éste y vivirá con un solo objetivo. A las personas así, el amor las perfecciona: el deseo de agradar y de ser estimadas por lo que aman hace que se respeten, pues el amor es un censor severo y delicado, que no perdona nada.

Todas estas delicadezas se le escapan a una persona joven. Segura de agradar por sus encantos y confiada plenamente en su belleza, no utiliza nada del valor del corazón, ni del espíritu; y, a menudo, la palabra virtud le es desconocida. A la edad en que se siente la pérdida de encantos, si se quiere agradar, se piensa en reemplazar con cualidades sólidas lo que escapa de las gracias: lo

que se pierde en cuanto a la sensibilidad de lo que se ama, se quiere recuperar en estima, adquiriendo cualidades que sean objeto de ésta, pero que no podrían ser la fuente de las ilusiones del amor.

Hay pocos hombres capaces de ser impresionados por el verdadero mérito de las mujeres; tampoco se les exige; se las considera eximidas por los encantos: los sentimientos son un tributo, que se paga a la belleza, y la estima el tributo a la virtud. Con el término *belleza* me refiero a *todo lo que da placer a los sentidos*. Las cualidades del alma apenas enardecen a la imaginación, ni son el objeto de la embriaguez de las pasiones. Así, lo mejor que puedes hacer cuando has superado la primera juventud es, si aún se mantiene la figura y puede causar cierta impresión, aprovechar esas emociones para reconducirlo todo a la estima, de manera que, si alguien está unido a ti por tus encantos, hagas que se mantenga así por los méritos del espíritu y del corazón; pero no te confíes demasiado a esas ligeras impresiones de los sentidos o sírrete de ellas sólo para introducir sentimientos más sólidos y duraderos. A cierta edad, no se debe tratar el amor como en la juventud: debe mostrarse de otra manera a quien se ama. Pero, lo que quiero dar no son preceptos sobre el amor, sino bosquejos de sus desgracias, para rehuirlos.

Ismena, para apoyar su opinión, ha referido el ejemplo de una persona que ha conservado todos sus encantos, a pesar de haber superado su primera juventud; ella me servirá de prueba para hacer ver hasta qué punto una mujer es amable por las cualidades sólidas, si ha sabido cultivarlas.

Ismena no ha pretendido hablar más que del mérito de la belleza: para mí, que la veo de más cerca, me impresionan más sus otras cualidades. Tiene una figura única: es un conjunto de todos los encantos; un mérito combinado: su cuerpo estaba hecho para acoger al espíritu más amable del mundo y su espíritu estaba destinado a animar la figura más perfecta: esa es la alianza más bella del mundo. Sin embargo, ella no se ha atendido al ligero mérito de los encantos: ha sabido adquirir uno más duradero. Saint-Evrémont dice: “Hay mujeres que han sido infieles a su cuerpo al adoptar el

mérito de los hombres”. Ella es una de éstas. Desde su nacimiento fue una de las mujeres más bellas de la corte, según consenso del público: siempre segura de agradar, no tiene más que mostrarse; nacida para un mundo delicado y segura de [recibir] un tributo de sentimientos y alabanzas, desde el momento en que se deja ver. Me refiero a esas alabanzas naturales que se manifiestan por la sorpresa y que sus encantos hacen surgir sin dificultad; haciéndose de desear cuando no se la ve; dejando lamentos cuando se la pierde.

Nunca he conocido a una persona con una aprobación tan general; creo que de buen grado se le habría hecho un proceso para forzarla a mostrarse, como hizo la ciudad de Toulouse con la bella Paulo. Cada vez que se la veía en público, la gente se apresuraba a mirarla y, como se producían accidentes, el parlamento ordenó que se mostrara dos veces por semana; ella cumplió esa obligación.

El público cree tener derecho a disfrutar como espectador de los objetos bellos; y habría exigido de buen grado lo mismo a mi amiga; pero es un peaje que ella habría pagado muy a disgusto. Nadie más apropiado que ella para dar lustre a la Corte: lo era por nacimiento y por su alto rango; su familia ocupaba los primeros lugares; el rey era más joven; la Corte era galante: ¡qué incentivos para una joven! Sin embargo, a pesar de estar hecha para la sociedad [ser muy sociable], ella se ocultó al mundo. La solidez de su carácter le hizo sentir el vacío de sus vanos aplausos; se aplicó a cultivar algo mejor: leyó mucho y supo sacar provecho. Su memoria se amuebló de cosas preciosas; su espíritu se hizo más fuerte y amplio; sus sentimientos aumentaron en delicadeza: se forjó un carácter de dignidad, que se hacía respetar; consiguió un estilo y una manera de hablar único: sencillo, noble y ligero, con las palabras adecuadas y bien elegidas, no rebuscadas; no habla de nada sin enriquecerlo, pero sin que resulte artificioso; tiene facilidad de expresión, que surge de la claridad y nitidez de sus ideas. Si, segura de no producir nada que no agrade, no hace sentir confianza en ella, muestra timidez: parece que ignora su valor y que necesita que se la tranquilice. Ve a poca gente; se dedica sólo a sus deberes y está muy unida a su hermana,

que tiene más o menos su mismo carácter. No tengo más que decir para darla a conocer y alabarla. No es muy conocida: jamás se la ve en los espectáculos, ni en los parques públicos; no se permite la disipación de las mujeres de su país, que no sería acorde con su pudor escrupuloso. No sé si su rareza aumenta su valor, pero jamás he conocido un carácter tan amable.

Este solo ejemplo bastaría para apoyar la opinión de Ismena y poner de manifiesto que las mujeres son más amables a la edad que ella dice; de todas maneras, hay que convenir que este ejemplo es único y no significa nada para nosotros. ¿Dónde están las mujeres que han sabido sacar provecho de sus años; que, habiendo perdido encantos, han sabido resarcirse con el valor de su espíritu? Nosotras no nos proveemos de esos suplementos. Si fuera así, tal vez se nos perdonaría no ser más jóvenes; al contrario, la mayoría de las mujeres lo pierden todo al perder su belleza. Y nada más triste que el desarrollo de la vida de las mujeres que no han sabido más que ser bellas: caen en un vacío, que mueve a la piedad, cuando se les desvanece la belleza. Como lo propio de la ilusión es engañarnos y entrometerse entre nosotros y la verdad para ocultárnosla, en cuanto cesa la embriaguez de los hombres las cosas quedan al descubierto y ya no se encuentra nada. El objeto de la pasión de los hombres es la belleza: cuando ésta se pierde, todo se desvanece. En cambio, si las mujeres fueran capaces de darse un valor sólido, cabe temer que éste emocionara a pocos hombres.

Ismena ha dado una infinidad de ejemplos, sacados de la antigüedad, para probar que hay empeños³ dichosos y duraderos en la edad que ella dice. Por mi parte, yo no recurro a nada del pasado, sino que me mantengo en el presente y me remito a todas las mujeres sensibles, que han llevado ese gusto más allá de lo que debían: no hay ni una sola que no tenga la sinceridad de decir que es la mayor desgracia del mundo. No sería necesario estar amenazadas por las leyes de la costumbre para mantenernos cumpliendo nues-

³ engagements

tro deber: la única degradación, en que caen las que se olvidan de esto, bastaría para detener la inclinación más rápida del mundo. Para la felicidad no podemos hacer ningún uso de las alianzas con los hombres: la costumbre les ha servido tan bien, que todo está a favor de ellos y en contra nuestra. No podemos quejarnos de cualquier indignidad que hayan cometido en su conducta: nuestro testimonio no sirve contra ellos; y como consecuencia de sus leyes, no podemos hacer con ellos ningún tratado, en que se cumpla la igualdad. Ellos han ahogado con la fuerza nuestro derecho. Por eso me atrevo a decir que las mujeres deben prohibirse el amor en todas las edades, pero sobre todo cuando han superado su primera juventud.



[OTRAS] REFLEXIONES SOBRE LAS MUJERES

El reino de la virtud es para toda la vida; es propio de las cosas estimables redoblar su valor con su duración y gustar por el grado de perfección que tienen, cuando ya no agradan por el encanto de la novedad. Hay que pensar que es poco el tiempo de ser bella y mucho el de no serlo ya; es decir, que, cuando las gracias las abandonan, las mujeres no se mantienen más que por las partes esenciales y por las cualidades estimables. No han de esperar a unir una juventud voluptuosa y una vejez honorable. Una vez inmolado el pudor, ya no vuelve, como tampoco los años hermosos: es el pudor el que les da su verdadero interés, aumenta su belleza, es su flor, sirve de excusa a la fealdad, es el encanto de los ojos, el atractivo de los corazones, la garantía de las virtudes, la unión y la paz de las familias.

Los hombres tienen un gran interés en hacer que se recluyan en sí mismas y en sus primeros deberes. El divorcio con nosotras mismas es la fuente de todos nuestros errores¹. Cuando no nos atenemos a nosotras por gustos sólidos, dependemos de todo. En la soledad es donde la verdad da sus lecciones y donde aprendemos a

¹ *égarements*: desvaríos.

rebajar el valor de las cosas que nuestra imaginación nos hace sobrestimar. Cuando sabemos ocuparnos con buenas lecturas, se produce en nosotras insensiblemente un alimento sólido, que llega hasta las costumbres.

Entre las ventajas que se otorgan a las mujeres, se pretende que tienen un fino gusto para juzgar los asuntos del encanto. Muchas personas han definido el gusto. Madame Dacier² ha pretendido que es “una armonía, un acuerdo del espíritu y de la razón” y que se tiene, en mayor o menor medida, según esa armonía sea más o menos acertada. Otra persona ha pretendido que el gusto es una unión del sentimiento y del espíritu y que uno y otro, de consuno, forman lo que se denomina *juicio*. Lo que lleva a creer que el gusto depende más del sentimiento que del espíritu es que no se puede dar razón de los propios gustos, por no saber por qué se siente, mientras que siempre se da cuenta de las propias opiniones y conocimientos. No hay ninguna relación, ninguna conexión necesaria entre los gustos. No ocurre lo mismo que con las verdades. Creo, pues, poder llevar a toda persona inteligente a mi opinión. Nunca estoy segura de poder atraer a una persona sensible a mi gusto: no tengo encanto para atraerlo a mí. En los gustos nada se mantiene; todo proviene de la disposición de los órganos y de la relación de los mismos con los objetos. Sin embargo, hay una rectitud³ del gusto, como la hay del sentido.

La rectitud del gusto juzga sobre lo que se llama encanto, sentimiento, decoro, delicadeza o flor del espíritu [*fleur d'esprit*: flor del ingenio] (si se puede decir así), que hace sentir en cada cosa la medida que se debe guardar. Ahora bien, como en eso no se puede dar una regla segura, es imposible convencer a quienes no la cumplen: si su sentimiento [sentiment: sensibilidad] no les advierte de ello, no los puedes instruir. Además, el gusto tiene por objeto cosas tan delicadas y tan imperceptibles que escapa de las reglas. Es la

² Recuérdese lo dicho sobre Mme Dacier en la nota 13 del primer texto traducido “Nuevas reflexiones...”.

³ *justesse*.

naturaleza quien lo da; no se adquiere. El ámbito del gusto es muy amplio: pone finura en el espíritu y te hace percibir de una manera viva y rápida, sin que le cueste nada a la razón, todo lo que hay que ver en una cosa. Eso es lo que quiere decir Montaigne cuando asegura que las mujeres tienen un “espíritu espontáneo”. En el corazón, el gusto pone sentimientos delicados; y en los negocios del mundo, cierta cortesía [politesse] atenta que nos enseña a saber tratar el amor propio de aquéllos con quienes vivimos. Creo que el gusto depende de dos cosas: de un sentimiento muy delicado en el corazón y de una gran rectitud en el espíritu. Hay que reconocer, pues, que los hombres no conocen la grandeza del regalo que hacen a las damas, cuando les suponen el espíritu del gusto.

La sensibilidad es una disposición del alma, que es ventajoso encontrar en los demás. Sin sensibilidad no puedes tener ni humanidad ni generosidad. Un solo sentimiento, un solo movimiento del corazón tiene más crédito para el alma que todas las sentencias de los filósofos. La sensibilidad socorre al espíritu y sirve a la virtud.

Las mujeres, en general, no deben nada al arte. ¿Por qué ver mal que tengan un espíritu que no les cuesta nada? Falseamos todas las disposiciones que les ha dado la naturaleza: empezamos por descuidar su educación, no ocupamos su espíritu en nada sólido y el corazón se aprovecha de ello: las destinamos a agradar; y ellas no nos agradan más que por sus gracias o por sus vicios. Parece que no estén hechas más que para ser un espectáculo agradable a nuestros ojos. Por eso, no piensan más que en cultivar sus encantos y fácilmente se dejan llevar por la pendiente de la naturaleza: no rechazan los gustos que no creen haber recibido de la naturaleza para combatirlos.

Pero, lo más singular es que, formándolas para el amor, les prohibimos su uso. Habría que tomar partido: si no las destinamos más que para agradar, no les prohibamos el uso de sus encantos; si se las quiere razonables y espirituales, no hay que abandonarlas cuando no tienen más que ese tipo de valor. En cambio les exigimos una mezcla y un manejo de esas cualidades, que resulta difí-

cil alcanzar y reducir a una justa medida. Pretendemos de ellas espíritu, pero para disimularlo e impedirle que produzca algo. En cuanto emprende el vuelo, inmediatamente es reconvenido por eso que se denomina *decoro* [bienséance]. La gloria, alma y sostén de todas las producciones del espíritu, les es negada. Su espíritu queda despojado de todo objeto, de toda esperanza; se les rebaja y, si se me permite utilizar los términos de Platón, “se les cortan las alas”. Causa asombro que todavía les quede un poco.

Todo el mundo está de acuerdo en que es necesario que las mujeres se hagan estimar; pero, ¿no tenemos necesidad más que de estima y acaso no nos hará falta algo más? Nuestra razón nos dirá que eso debe bastar, pero abandonamos fácilmente los derechos de la razón por los del corazón. Hay que aceptar la naturaleza como es. Las cualidades estimables no agradan más que en la medida en que pueden resultarnos útiles; pero, las estimables también nos son necesarias para ocupar nuestro corazón, pues tenemos tanta necesidad de amar como de estimar. Uno se cansa de admirar, si lo que se admira no está hecho también para agradar. No basta que el sexo nos agrade; parece que es obligatorio que nos emocione [touche]. El mérito no está mezclado con las gracias: solo él tiene derecho a fijarlas; sin él, éstas son ligeras y fugaces. Además, la virtud jamás ha afeado a nadie; y eso es tan cierto como que la belleza, sin mérito ni espíritu, es insípida y que el mérito hace que se perdone la fealdad.

En cuanto una mujer ha desterrado de su corazón ese honor tierno y delicado, que deber ser la regla de su vida, tiembla por las demás virtudes. ¿Qué privilegio pueden tener ellas para ser respetadas? ¿Se les debe algo más que a su propio honor? Las mujeres de ese tipo no forman jamás caracteres amables; no encontrarás en ellas ni pudor, ni delicadeza; adquieren la costumbre de la galantería; no saben unir la cualidad de amiga a la de amante. Y como no buscan más que los placeres y no la unión de los corazones, se olvidan de todos los deberes de la amistad. He ahí el amor de uso y momentáneo [d'usage et d'à present: ordinario y actual], al que conduce una vida frívola y disipada.

Los hombres no conocen sus intereses cuando tratan de ganarse el espíritu y el corazón de las personas a las que aman. Hay un placer más emocionante y duradero que el enlace de los sentidos: la unión de los corazones, esa inclinación secreta que te lleva hacia lo que amas, ese desahogo del alma, esa certeza de que hay una persona en el mundo que no vive más que para ti y que haría cualquier cosa para curarte una pena. Dice Platón: “Emprendedor de grandes cosas es el amor; te guía por el camino de la virtud y te evitará cualquier debilidad”. Esa es la señal del verdadero amor. En Lacedemonia, cuando un hombre había cometido una falta, no se le castigaba a él, sino a la persona a la que él amaba, pues se la creía culpable de las faltas de la persona amada; sabían que el amor, del que yo hablo, es el apoyo más seguro de la virtud. Todos los ejemplos lo confirman. ¡Cuántos amantes han pedido combatir delante de sus amantes y han hecho cosas increíbles! Ese es el motivo por el que las personas honestas se permiten amar: saben que, uniéndose a un hombre de valor, serán apoyadas y guiadas por el camino de la virtud por principios y preceptos. Las mujeres no pueden disfrutar del dulce placer de la amistad entre ellas: lo que las une son las necesidades, no los sentimientos; la mayoría no conoce la amistad, ni son dignas de ella.

Hay un gusto en la perfecta amistad, que no pueden alcanzar los caracteres mediocres. Las mujeres no pueden dejar de sentir su propio corazón. ¿Qué hacer de ese cúmulo de sentimientos y de esa necesidad que se tiene de amar y de ser amada? Los hombres se aprovechan de ello. Con todo, nada hay más precioso y duradero que esa suerte de amor, cuando va unido a la virtud. Pone decencia en los pensamientos, en la conducta y en los sentimientos. Tasso nos ofrece un modelo de delicadeza en la persona de Olindo; dice “que este amante desea mucho, espera poco y no exige nada”. Este amor se basta a sí mismo: es su propia recompensa.

La diferencia del amor respecto a los demás placeres es fácil de establecer para quienes han sido afectados por él. La mayoría de placeres necesitan, para ser sentidos, de la presencia del objeto. La

música –la amable servidora⁴–, los espectáculos: es preciso que estos placeres estén presentes para que causen impresión, para atraer al alma y mantenerla atenta. Hay dentro de nosotras una disposición a gustarlos, pero están fuera de nosotras, vienen del exterior. No ocurre lo mismo con el amor: está dentro de nosotras, es una parte de nosotras mismas, no depende sólo del objeto, sin el cual también disfrutamos. Esa alegría del alma que da la certeza de ser amada, esos sentimientos tiernos y profundos, esa emoción de un corazón vivo y emocionado que te da la idea y el nombre de la persona a la que amas: todos esos placeres están dentro de nosotras y dependen de nuestro propio sentimiento. Cuando tu corazón está muy emocionado y estás segura de ser amada, todos tus grandes placeres se encuentran en tu amor; puedes ser feliz con solo tu sentimiento y asociar a ello la felicidad y la inocencia.

⁴ bonne chère



Este llibre s'acabà d'imprimir
a València
el dia 14 d'Abril de 2007
a la impremta Arts Gràfiques J. Aguilar